

Joseph Ratzinger / Benedicto XVI

QUINCE MIRADAS

ESCRIBEN

Andrés Torres Queiruga

Celso Alcaina

Javier Elzo

Jesús Bastante

Jesús Martínez Gordo

José Ignacio Calleja

José I. González Faus

José Manuel Vidal

Juan José Tamayo

Juan Salvador Pérez

Leonardo Boff

Llucià Pou Sabaté

Mariano Delgado

Rafael Díaz-Salazar

Víctor Codina, SJ



1927-2022

Índice

Joseph Ratzinger. Hitos biográficos

Pág. 3

Benedicto XVI. Los números del pontificado

Pág. 4

Benedicto XVI, el Papa que unió tradición y renovación, conservadurismo y progresismo

José Manuel Vidal · Pág. 5

El Papa emérito y la alondra

Juan Salvador Pérez · Pág. 9

Benedicto XVI, un cristiano sabio, honrado y bueno

Víctor Codina, SJ · Pág. 12

Un amonestador en el mudar de los tiempos: sobre Joseph Ratzinger / Benedicto XVI

Mariano Delgado · Pág. 15

Ratzinger, simplemente sabio

Celso Alcaina · Pág. 20

¿Doctor de la Iglesia súbito? ¡No, por favor!

José Ignacio González Faus · Pág. 23

Benedicto XVI, el destino del Papa profesor

Andrés Torres Queiruga · Pág. 27

Benedicto XVI, un Papa de la vieja cristiandad, con su pompa y su poder político-religioso

Leonardo Boff · Pág. 30

Benedicto XVI y los obispos españoles

Jesús Martínez Gordo · Pág. 33

Joseph Ratzinger: de teólogo conciliar a vigía de la ortodoxia

Juan José Tamayo · Pág. 36

De Ratzinger / Benedicto XVI, lo esencial es leerle

Javier Elzo · Pág. 40

Benedicto XVI y el diálogo con pensadores ateos

Rafael Díaz-Salazar · Pág. 43

Tres aspectos del “edificio” teológico de Benedicto XVI (en los que creo que debemos ir críticamente más allá de su propuesta)

José Ignacio Calleja · Pág. 49

Adiós a Benedicto XVI, defensor de la verdad, el fin de una época

Llucilà Pou Sabaté · Pág. 53

Bergoglio 2.0. La muerte de Ratzinger abre una nueva etapa en el pontificado de Francisco

Jesús Bastante · Pág. 57

Homilía del cardenal Joseph Ratzinger en la misa ‘Pro eligendo pontifice’

Pág. 61

Testamento espiritual de Benedicto XVI

Pág. 64

Elaboración: Agencia ARAS para Religión Digital



Joseph Ratzinger. Hitos biográficos

- **16 de abril de 1927** (Sábado Santo): nace en Marktl am Inn, diócesis de Passau (Alemania). Es bautizado ese mismo día. Es el tercero de tres hermanos.
- **16 de abril de 1939**: el día que cumple 12 años, ingresa en el Seminario menor de San Miguel de Traunstein, cerca de la frontera con Austria.
- **A los 16 años**, en los últimos meses de la II Guerra Mundial, es llamado a filas y enrolado en los servicios auxiliares antiaéreos alemanes.
- **1946-1951**: estudia filosofía y teología en la Escuela Superior de Freising y en la Universidad de Múnich.
- **29 de junio de 1951**: recibe la ordenación sacerdotal y un año después inicia su actividad de profesor en la Escuela Superior de Freising.
- **1953**: se doctora en Teología con la tesis *Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de san Agustín*.
- Prosigue su actividad docente en Bonn (1959-1963), Münster (1963-1966) y Tubinga (1966-1969). Entre sus numerosas publicaciones destacan *Introducción al Cristianismo* (1968) y *Dogma y revelación* (1973).
- **1962-1965**: participa en el Concilio Vaticano II como consultor teológico del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia.
- **1969**: pasa a ser catedrático de Dogmática e historia del dogma en la Universidad de Ratisbona, y ocupa también el cargo de vicepresidente de la Universidad.
- **1972**: junto con Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac y otros grandes teólogos, inicia la revista *Communio*.
- **25 de marzo de 1977**: Pablo VI le nombra arzobispo de Múnich y Freising. Su lema episcopal: "Colaborador de la verdad". Tres meses después, es creado cardenal en el consistorio del 27 de junio.
- **25 de noviembre de 1981**: Juan Pablo II le nombra prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional.
- **1986-1992**: preside los trabajos del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica.
- **6 de noviembre de 1998**: Juan Pablo II aprueba su elección como vicedecano del Colegio cardenalicio. Y el 30 de noviembre de 2002 aprobó su elección como decano.
- **18 de abril de 2005**: preside la misa 'Pro eligendo pontifice' de inicio al cónclave tras la muerte de Juan Pablo II.
- **19 de abril de 2005**: el Colegio cardenalicio le elige Papa; adopta el nombre de Benedicto XVI.
- **11 de febrero de 2013**: anuncia su renuncia al papado, que se hace efectiva el 28 de febrero. Pasa a ser papa emérito y se retira al Monasterio Mater Ecclesiae, dentro del Vaticano.
- **31 de diciembre de 2022**: fallece a los 95 años.



Benedicto XVI, 2005-2013

El pontificado en números

- 265° Papa de la Iglesia católica.
- 7 años, 10 meses y 9 días de pontificado.
- 348 audiencias generales.
- 455 ángelus.
- 24 viajes apostólicos internacionales.
- 30 viajes dentro de Italia.
- 3 JMJ.
- 3 encíclicas.
- 4 exhortaciones apostólicas.
- 5 consistorios de creación de cardenales.





Benedicto XVI, el Papa que unió tradición y renovación, conservadurismo y progresismo

José Manuel Vidal

Director de Religión Digital

Benedicto XVI, el Papa anciano y sabio, pasará, sin duda, a la historia por varios motivos. Primero por su legado teológico e intelectual. Segundo, por su renuncia. Y tercero, por la perfecta cohabitación con el Papa “llegado del fin del mundo” para hacer florecer de nuevo a la Iglesia católica, a pesar de los intentos del ala más conservadora de utilizarlo como ariete de un cisma contra la primavera ‘bergogliana’.

Benedicto llegó a la Iglesia definiéndose, desde el balcón central de la basílica de San Pedro, como el “humilde trabajador de la viña del Señor”. Era el 19 de abril de 2005, cuando fue elegido sucesor de Juan Pablo II.

Ocho años después, el 28 de febrero de 2013, dejaba el Pontificado con estas palabras de despedida: "Aunque me retiro ahora, en la oración estoy siempre cercano a todos vosotros y estoy seguro de que también todos vosotros estaréis cercanos a mí, aunque permaneceré escondido para el mundo".

Su renuncia se produjo después de un año marcado por el denominado caso Vatileaks, el escándalo de la filtración de documentos reservados, que concluyó con la concesión de la gracia por parte de Benedicto XVI a su exmayordomo y principal implicado, Paolo Gabriele.

Benedicto se retiró, reconociendo que ya no tenía las fuerzas "ni espirituales ni materiales" para hacer frente a los problemas ni para seguir limpiando la Iglesia. Permaneció "escondido", sin apenas protagonismo. Y fiel al Papa reinante.

Siempre honesto y sincero para con Dios, **Benedicto se retiró, reconociendo que ya no tenía las fuerzas "ni espirituales ni materiales" para hacer frente a los problemas** ni para seguir limpiando la Iglesia de la plaga de la pederastia y de la lacra del carrerismo de una Curia vaticana que funcionaba en clave de poder.

Fiel a su promesa, permaneció "escondido", sin apenas protagonismo, centrado en la oración y en la mística de la "otra orilla". Y **fiel al Papa reinante**. Y es que, como cuenta el que fuera su secretario, Alfred Xuereb, cuando Francisco llamó a Benedicto inmediatamente después de su elección, "le pasé el teléfono a Benedicto y escuché que decía: 'Santidad, desde este momento, prometo mi total obediencia y mi oración'".

Muere el Papa Benedicto XVI

El primer Papa emérito, discípulo de san Agustín y san Buenaventura, experto en santo Tomás y perito en los Padres de la Iglesia, capaz de codearse con los grandes intelectuales de su época, como Jürgen Habermas, se pasó a la "interior bodega" de nuestro san Juan de la Cruz para gozar "de la noche sosegada, de la música callada, de la soledad sonora, de la cena que recrea y enamora, en diálogo íntimo y secreto con el Amado".

Muchos siguieron pensando en él como el adalid del antiguo régimen. Algunos hasta quisieron utilizarlo como la coartada para sus ansias de involución. Pero Benedicto se mantuvo siempre en su papel de Moisés, rezando por el pueblo de Dios con los brazos en cruz. Sin prestarse a juegos de banderías eclesiásticas. Consciente de que fue él el que puso en marcha, con su valiente renuncia, el reloj de la revolución tranquila, que tanto necesitaba la Iglesia.

Única institución global regenerada

Y es que, como decía Lincoln, la tarea más difícil del estadista consiste en tomar las medidas adecuadas para asegurar la permanencia de la institución. Y eso fue lo que hizo Benedicto. De hecho, en alas de su renuncia y de la elección de Francisco, la Iglesia católica fue la única institución global capaz de resucitar, de recrearse desde dentro, de poner en marcha una profunda regeneración de sus estructuras internas, algo que no consiguieron hacer otras grandes instituciones mundiales, como el sistema financiero o el sistema político.

A Benedicto hay que agradecerle no solo eso, sino también **su capacidad de diálogo con ateos, agnósticos, hombres de ciencia y saber, responsables de la política y la economía, jóvenes y adultos**. Siempre fiel a su empeño de mostrar que “Dios no es enemigo del hombre; que no quita nada de lo que hace verdaderamente hermosa la existencia humana, y que, antes al contrario, cuando eclipsamos a Dios con otros falsos ídolos, la vida humana pierde valor”.

Ratzinger fue, sin duda, uno de los grandes pensadores del siglo XX, aunque su obra se quedó manca, primero por su dedicación a la Congregación para la Doctrina de la Fe y, después como Papa.

Ratzinger fue, sin duda, uno de los grandes pensadores del siglo XX, aunque su obra se quedó manca, por su dedicación primero a la Congregación para la Doctrina de la Fe (desde la que marcó los ejes doctrinales del pontificado del Papa polaco) y, después, como Sumo Pontífice.

“Posee el don de la palabra escrita”

Lo sabía todo de la teología, pero además sabía explicarla. Como suele decir el cardenal Ricardo Blázquez, “posee el don de la palabra escrita y sus formulaciones son precisas, simplifican lo complejo, hacen accesible lo profundo, edifican espiritualmente, son brillantes y bellas”.

Fue, sin duda, uno de los grandes teólogos modernos. **¿Qué puesto ocuparía en el ranking teológico?** El teólogo vasco, Jesús Martínez Gordo, se atrevió a contestar a esta pregunta en su obra *Verdad y revelación cristiana* (Editorial Eset). En ella distingue tres tipos de teología: “Veritativa, contemplativa y compasiva”.

Para Martínez Gordo, **Ratzinger se encuadra en la corriente veritativa y, en ella es uno de los mejores, pero superado por el español Andrés Torres Queiruga y por el alemán Wolfhart Panenberg.** Es decir, el tercero entre los teólogos veritativos y por detrás también de los contemplativos, capitaneados por Hans Urs von Balthasar, Bruno Forte y P. Evdokimov, y superado asimismo por los líderes de la corriente compasiva: Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, José Ignacio González Faus, Ignacio Ellacuría y J. B. Metz.

Su pensamiento teológico, marcadamente centroeuropeo, **siempre defendió la conjunción integradora de fe y razón, tradición y renovación, frente a la disyuntiva de la modernidad:** razón o fe, tradición o renovación. No en vano se le llamó el teólogo del ‘y/y’. Siempre sumando, convencido de que la fe, explicada por la razón, puede y debe seguir dando sentido a la existencia humana.

El Papa de lo esencial

De hecho, las últimas tres décadas de historia del catolicismo no se pueden entender sin analizar la figura de este teólogo alemán, que dejó la cátedra por los despachos y **se erigió, desde Roma, en el azote de teólogos díscolos y en el policía de la fe.**

Y eso que **en la época del Vaticano II (1962-1965), Ratzinger formaba parte, junto a Hans Küng, del ala progresista de la Iglesia**, mientras el entonces cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, se alineaba ya entre los conservadores. **Pero Ratzinger pronto se pasó al bando conservador.** En 1968, solo tres años después del fin del Concilio, de vuelta a la Universidad de Tubinga, donde era admirado por los seminaristas por sus posturas liberales, imprimió un cambio radical a su orientación teológica.

Dejó en la estacada a su amigo Hans Küng y a la “Teología para el pueblo” para convertirse a la “Teología para el Vaticano”. Y Roma le recompensó pronto nombrándole arzobispo de Múnich en 1977, y cuando el Papa Wojtyła llegó al solio pontificio le llamó a Roma. Desde entonces, fue uno de los cardenales con más peso de la Curia.

Por sus obras y por sus reflexiones, algunos le han llamado “el Papa de lo esencial”, porque se centró en la fe y en el diálogo con todos, incluidos los no creyentes.

Por sus obras y por sus reflexiones, **algunos le han llamado “el Papa de lo esencial”**, porque se centró en la fe (sin ella, “la Iglesia se convertiría en una ONG piadosa”) y en el diálogo con todos, incluidos los no creyentes del ‘atrio de los gentiles’.

Llegó al solio pontificio con la denuncia del “relativismo imperante” que, a su juicio, puede acabar con las entrañas morales de la Humanidad. Y ya Papa, lo repitió en innumerables ocasiones. Tantas que se convirtió en un lugar común doctrinal y, siguiendo su ejemplo, muchos obispos de todo el mundo, entre ellos los españoles, copiaron su frase y su denuncia. **Fue el Papa de las certezas, de la fe razonada. Un Papa que tenía fe y que sabía razonarla y proponerla.** Como hizo siempre en su cátedra y en sus libros.



El Papa emérito y la alondra

Juan Salvador Pérez

Director de la revista SIC / Fundación Centro Gumilla

Era el día 29 de junio –fiesta de San Pedro y Pablo– de 1951, cuando aquel grupo de jóvenes se ordenaban como sacerdotes en la catedral de Freising. En el preciso momento durante el cual el anciano cardenal Faulhaber imponía sus manos sobre el joven Joseph Ratzinger, una pequeña alondra salió de su nido en el altar mayor, y mientras revoloteaba por la catedral, llamaba la atención de todos con su extravagante y agradable canto.

Nos refiere el mismo Ratzinger que él, más allá de supersticiones, pensó en ese instante que aquel bonito revuelo era una confirmación providencial de que estaba haciendo lo correcto ^[1].

Y efectivamente así fue. Cincuenta y cuatro años después, el destacado teólogo, el implacable prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el hombre duro de Juan Pablo II, era elegido como el 265° Papa de la Iglesia católica.

Benedicto XVI vendría a formar parte de ese listado de Papas que desde el siglo XX se han caracterizado por provenir de orígenes –digamos– “plebeyos” ^[2]. Campesinos-artesanales (como Pío X y Juan XXIII), de extracción

funcionarial (como Pío XII y Pablo VI), de clase media baja (como Juan Pablo II), hijo de un policía de pueblo (como Benedicto XVI) o descendiente de humildes inmigrantes italianos (como Francisco). Y ha sido este grupo de pontífices, más allá de consideraciones subjetivas particulares, quienes al mismo tiempo han perfilado **una Iglesia sensiblemente preocupada, enfocada y dedicada a entender y atender los temas sociales.**

El 25 de diciembre de 2005, pasados ocho meses de su elección como Papa, **Benedicto XVI hacía pública su primera encíclica. *Deus Caritas est*, la tituló: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”** (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino ^[3].

Se entendió –o al menos así lo hacían saber los expertos vaticanistas– que Benedicto XVI, manteniendo la línea de su antecesor, **fijaba en su primera encíclica la línea programática de su pontificado.** Quizás esa hubiese sido su intención, pero los derroteros de la vida y los planes de la Providencia no siempre coinciden con nuestros planes y proyectos.

Pero más allá de lo programático o no, **lo que sí dejaba muy en claro Benedicto XVI en *Deus Caritas est* era precisamente eso, que Dios es amor y que el amor es la base del mensaje de Cristo.** No podemos ser cristianos si no entendemos y asumimos esto así. Como bien señalaba el cardenal Renato Raffaele Martino, “en el origen del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino más bien el encuentro con un acontecimiento, una Persona que da a la vida un nuevo horizonte, y con ello la dirección decisiva”.

Lo que dejaba muy en claro Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus Caritas est*, era que Dios es amor y que el amor es la base del mensaje de Cristo.

Dos encíclicas más ofrecería Benedicto XVI: *Spe Salvi* (2007), donde desarrolla la idea de la esperanza como virtud teológica indispensable para la salvación, **y *Caritas in Veritate* (2009),** encíclica que aborda con fuerza, y sobre todo realismo actualizado, los temas del pensamiento social de la Iglesia.

La renuncia

Sin embargo, el pontificado de Benedicto XVI será recordado en términos históricos por un hecho que poco tiene que ver con lo pastoral –al menos en lo teórico pastoral–: **su dimisión. El 11 de febrero de 2013,** al culminar la celebración de un consistorio ordinario público para anunciar las fechas de canonización de las beatas María Guadalupe García Zavala, de México; Laura Montoya, de Colombia; y de los mártires italianos Antonio Primaldo y más de 800 compañeros suyos, Benedicto XVI de manera imperturbable, solemne y absolutamente calmada, leyó en latín (esa lengua que tanto le gustaba y que él promovía con empeño dentro de la Iglesia) **su manifestación de renunciar voluntariamente a su cargo:**

“Quapropter bene conscius ponderis huius actus plena libertate declaro me ministerio Episcopi Romae, Successoris Sancti Petri, mihi per manus Cardinalium die 19 aprilis MMV commissum renuntiare” (*Bien consciente de la seriedad de este acto, con total libertad declaro que renuncio al ministerio del Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, confiado a mí por los cardenales el 19 de abril del 2005*).

Benedicto XVI renunciaba o, para ser más precisos en los términos, **dimitía de su cargo como Obispo de Roma**. Renunciar es abandonar, desistir; en cambio, dimitir es dejar un cargo o función, que fue precisamente lo que hizo en ese acto.

Renunciar es abandonar, desistir; en cambio, dimitir es dejar un cargo o función, que fue lo que hizo Benedicto XVI.

Aducía que, **por razones de salud, deterioro y debilidad de su cuerpo, se hallaba en incapacidad para cumplir adecuadamente el ministerio petrino**. Con esta resolución, Benedicto marcaba una diferencia notable y evidente con el largo y longevo pontificado de su predecesor. Juan Pablo II, con su tesón, nos legó un testimonio del valor de la vejez; Benedicto XVI, dimitiendo, también hizo lo propio.

Entender las limitaciones no es un abandono ni un desistimiento; por el contrario, es una forma excelsa de responsabilidad. Consciente de ello, **supo entender que no era el Papa que la Iglesia requería para los tiempos que se viven**.

Un ave que trae alegría

La alondra es un ave pequeña, que comienza su actividad muy temprano en el día, apenas sale el sol. Es **un ave inquieta que, con su vuelo ascendente y su entonado canto trae consigo alegría a quienes la aprecian**. Es un ave diurna, que una vez comienza a ponerse el sol, vuelve a su nido e inicia su descanso.

Benedicto XVI solía compararse a sí mismo con un buey o con un animal de faena. Sin duda lo fue, **trabajó y estudió mucho. Pero su final se corresponde más con la actitud de la alondra**; quizás por ello aquel pajarito causó tal revuelo al momento del adsum del joven Ratzinger.

El sábado 31 de diciembre de 2022, a las 09.34 de la mañana, muere el papa emérito Benedicto XVI. “Jesus, ich liebe dich” (“**Jesús, te amo**” en alemán) fueron sus últimas palabras.

—

[1] *Milestones, memoirs 1927-1977*. Joseph Ratzinger. Ignatius Press. 1998.

[2] El término lo utilizan Fernando García de Cortázar y José Ma. Lorenzo. *Los papas y la Iglesia del siglo XX*. Editorial Debolsillo. 2005.

[3] *Deus Caritas est*. Benedicto XVI. 2005



Benedicto XVI, un cristiano sabio, honrado y bueno

Víctor Codina, SJ
Doctor en Teología

No me resulta fácil presentar a vuela pluma la semblanza de Benedicto XVI, porque él ha sido un papa atípico y porque personalmente no he sintonizado mucho con su estilo teológico.

Ninguno de sus predecesores más recientes en el pontificado fue un teólogo profesional. **Pío XII** era un intelectual que hizo avanzar la reflexión bíblica, eclesiológica y litúrgica, pero no fue teólogo de profesión, no comprendió la Nouvelle théologie y depuso de su cátedra a varios teólogos franceses que luego serían grandes teólogos del Vaticano II.

Juan XXIII fue un hombre profeta y místico que, movido por el Espíritu, revolucionó la Iglesia con la convocatoria del Concilio Vaticano II. Pero tampoco fue teólogo profesional.

Pablo VI, buen conocedor de la teología, fue ante todo un hombre de Iglesia que llevó adelante el Vaticano II, acentuando el diálogo eclesial y el anuncio del evangelio, pero al final de su vida se asustó ante la polarización eclesial postconciliar.

Juan Pablo II, luego del breve pontificado de Juan Pablo I, fue un gran actor social y pastoral que llevó la Iglesia al segundo milenio, pero no era un teólogo profesional y, quizás por esto mismo, en 1982 **llamó a Ratzinger para que fuera prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe**. Obviamente a la muerte de Juan Pablo II, Ratzinger fue elegido papa el 19 de abril de 2005 con el nombre de Benedicto XVI.

Un teólogo profesional

Joseph Ratzinger, nacido en 1926 en Baviera, Alemania, fue profesor de teología en Tübingen, asistió al Vaticano II como joven perito teólogo del arzobispo de Colonia y fue nombrado en 1977 arzobispo de Múnich.

A diferencia de sus predecesores en el Obispado romano, Ratzinger fue un teólogo profesional, y sus primeros escritos, como *El nuevo pueblo de Dios*, muestran un talante abierto y renovador. Pero seguramente el impacto de mayo del 68, del que sufrió las consecuencias como profesor en Tübingen, y las tensiones del postconcilio le afectaron mucho y se trasladó a Regensburg. Desde entonces su teología se volvió tímida y conservadora.

El impacto de mayo del 68 y las tensiones del postconcilio afectaron mucho a Ratzinger. Pasó de un talante abierto y renovador a una teología tímida y conservadora.

Como prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, **mostró su reticencia no al Vaticano II, pero sí a las interpretaciones que se hacían de él. Sus documentos como prefecto son muy restrictivos respecto a las Iglesias locales y a las Conferencias Episcopales, critica el feminismo, la exégesis histórico-crítica y el diálogo interreligioso, y emite una Instrucción muy dura contra la teología de la liberación**, compendio de todos los errores. **Son los años duros del invierno eclesial y de la sequía**, con más de un centenar de teólogos amonestados y censurados. El influjo teológico de Ratzinger en el pontificado de Juan Pablo II fue tan grande que cuesta distinguir la música de Juan Pablo II de la letra de Ratzinger.

Un segundo cambio: el papado

Una vez elegido papa, cambió su estilo, y **cuando se temía a un pontífice inquisidor, su primera encíclica no fue una crítica del relativismo, sino una defensa del amor de Dios**, *Dios es amor* (2005), en cuyo primer párrafo formula con gran profundidad y sencillez la esencia del cristianismo: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva".

Años más tarde, en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe de Aparecida (2007), **Benedicto XVI afirmó que la opción por los pobres forma parte de nuestra fe cristológica. Y en otra ocasión advirtió que vamos hacia una Iglesia pequeña y pobre, de cristianos convencidos**, muy lejos del triunfalismo de la Iglesia de cristiandad.

Como papa, escribió tres volúmenes sobre Jesús de Nazaret, y al final del segundo volumen comparaba la situación eclesial actual con la tempestad de los discípulos en el lago de Tiberíades, mientras Jesús dormía.

La renuncia, un hecho profético

Inesperadamente, **el 11 de febrero de 2013 Benedicto XVI presenta su renuncia al pontificado por motivos físicos de salud**, un hecho profético, de gran humildad y honradez, inusitado desde Celestino V en 1294.

¿La renuncia se debió solo a su estado de salud? ¿O representa una mezcla de decepción, impotencia teológica y fracaso pastoral ante los cambios de la sociedad y la Iglesia?

Pero podemos preguntarnos si ese gesto de renuncia se debe solo a su estado de salud o bien si representa una mezcla de decepción, **impotencia teológica y fracaso pastoral** ante los cambios de la sociedad y la Iglesia.

Retirado en el monasterio contemplativo Mater Ecclesia del Vaticano, Ratzinger ha pasado sus últimos años en una vida ejemplar de silencio y oración y, aunque seguramente muchas actuaciones de Francisco le sorprendieron, no ha querido nunca liderar a los opositores del papa, ya que, como repetía: **“Solo hay un papa, que es Francisco”**.

Su muerte, el 31 de diciembre de 2022, culmina **una vida honrada y buena, de fe profunda en el Señor y amor intenso a la Iglesia**. Que descanse en paz y pueda escuchar aquellas palabras: “Ven siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor”.



Un amonestador en el mudar de los tiempos: sobre Joseph Ratzinger / Benedicto XVI

Mariano Delgado

Catedrático de Historia de la Iglesia en la Universidad de Friburgo (Suiza) y decano de la Clase VII (Religiones del Mundo) de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes (Salzburgo)

Con la muerte de Joseph Ratzinger / Benedicto XVI, ha fallecido el último teólogo conciliar importante y el primer papa que abdicó voluntariamente según el ejemplo de Celestino V, el 5 de julio de 1294. En ambas funciones, fue un amonestador controvertido en el mudar de los tiempos tras el Concilio Vaticano II.

En 1960, en vísperas del Concilio, Joseph Ratzinger escribió que el cristianismo no vive con nosotros en nuestra propia forma, sino en una forma que nos es en gran medida ajena, "la forma de la Edad Media", por lo que la "tarea primordial" de la teología actual consiste en dar el paso a la modernidad, al "espíritu actual".

Sin embargo, **más tarde lamentó, en medio de la primera fase de la recepción del Concilio, que el mundo de la Edad Media fuera desechado** como si perteneciera irrevocablemente al pasado, como hicieron el cura y el barbero con muchas de las novelas de caballería de Don Quijote: “Hemos cerrado audaz y victoriosamente la puerta de una época pasada y declarado disuelto y desaparecido lo que había más allá. Es inconfundible en la literatura conciliar y postconciliar el género de burla con el que, como escolares adultos, deseábamos despedirnos de los anticuados libros de texto. Pero mientras tanto, otro tipo de burla ha entrado en nuestros oídos y en nuestras almas, una que se burla más de lo que habíamos querido y deseado. Y poco a poco hemos perdido la risa; poco a poco nos hemos dado cuenta de que detrás de las puertas cerradas también está lo que no se debe perder, si no queremos perder el alma. Ciertamente, no podemos volver al pasado, ni queremos hacerlo. Pero debemos estar preparados para una nueva reflexión sobre lo verdaderamente sostenible en el mudar de los tiempos”.

Ratzinger advertía a la Iglesia postconciliar del riesgo de cambiar el tesoro de la tradición por bienes inferiores. Preservar lo que verdaderamente nos sostiene fue la tarea de su vida.

Preservar lo que verdaderamente nos sostiene se convirtió desde entonces en la tarea de su vida. Joseph Ratzinger, que para un libro conmemorativo del escritor católico Reinhold Schneider, escribió un memorable ensayo sobre “la conciencia en el tiempo” basado en la protesta profética de los dominicos de la Española en 1511 y en la obra de Bartolomé de las Casas contra la opresión de los indios, consideraba su propia protesta como un deber de conciencia. De eso no hay duda.

El gran giro biográfico

No podemos indagar en su biografía espiritual, sino solo percibir lo que él mismo nos sugiere en sus escritos. Según estos, **el cambio de opinión debió de producirse en algún momento de su trabajo de profesor en Tubinga, presumiblemente en 1967-1968**, cuando pronunció sus conferencias sobre el Credo de los Apóstoles ante oyentes de todas las facultades. El libro, publicado en 1968 con el título *Introducción al cristianismo*, se convirtió en un éxito de ventas y pertenece a lo mejor entre las numerosas interpretaciones del Credo en el siglo XX.

En el prefacio, Ratzinger utilizó el cuento popular alemán de Hans en la suerte (Hans im Glück) para resumir la situación postconciliar. Como Hans, **la Iglesia postconciliar habría cambiado el tesoro de la tradición por bienes siempre inferiores y ahora correría el peligro de perder también “lo que realmente vale la pena conservar”.**

Así, Ratzinger reaccionó ante el Concilio como Ortega y Gasset y otros intelectuales ante la II República: “No es esto, no es esto”. A partir de entonces, se vio a sí mismo –junto con otros destacados teólogos de habla alemana– como guardián del verdadero “espíritu” del Concilio.

Mientras que su producción teológica de la época anterior a este giro biográfico (como los ensayos de los años 60 recogidos en su libro *El nuevo pueblo de Dios*) puede considerarse el mejor ejemplo de teología histórica con intención sistemática y prospectiva, después **apareció más bien como observador crítico y amonestador del período posconciliar**, sobre todo desde su nombramiento como arzobispo y cardenal de Múnich y Freising en 1977 y como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1982.

“Cardenal blindado” y “Mozart de la teología”

Tras la caída del comunismo, su marca siguió siendo una pluma afilada, que se orientaba más hacia la prosa fluida y fácil de leer de san Agustín que hacia la teología escolástica, lingüísticamente pobre de santo Tomás de Aquino. **La claridad de su lenguaje –poco frecuente entre los teólogos alemanes– contribuyó a que se le entendiera bien y a que hubiera diversidad de opiniones sobre sus mordaces reflexiones y opiniones** sobre la situación en la Iglesia y en el mundo.

Para algunos, ahora era **el Panzerkardinal, el “cardenal blindado” que observaba críticamente las innovaciones teológicas y a menudo intentaba cortarlas de raíz** con su autoridad de guardián de la doctrina de la fe. **Para otros, sin embargo, fue el “Mozart de la teología”, el agudo intelectual y esteta teológico** que intentó encauzar las nuevas corrientes en el cauce del flujo de la tradición.

La disputa sobre **la teología de la liberación** a mediados de la década de 1980 se convirtió en el faro de esa percepción pública de su doble rostro de Jano. Aunque más tarde llegó a apreciar la verdadera preocupación espiritual de la teología de la liberación a través de contactos personales –por ejemplo con el peruano **Gustavo Gutiérrez**–, el problema que persiste es la forma de pensar de **su “hermenéutica de la sospecha”**: que las nuevas corrientes se juzgaban a menudo a través del prisma de su propia teología en lugar de intentar comprender los nuevos contextos del pensamiento teológico de la Iglesia universal después del Concilio. **Su propia teología recibió, por así decirlo, rango de magisterio, y se convirtió en el criterio para juzgar lo verdaderamente sostenible en el mudar de los tiempos.**

La teología de Ratzinger recibió rango de magisterio y se convirtió en el criterio para juzgar lo verdaderamente sostenible en el mudar de los tiempos.

Cabe suponer que influyó notablemente en la declaración dogmática de Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*, del 22 de mayo de 1994, sobre la imposibilidad del **sacerdocio femenino**. En una época en la que la discusión teológica sobre este tema acababa de comenzar y grandes teólogos como Karl Rahner o personas que bebían de la experiencia mística del Carmelo teresiano, como Edith Stein, bien podían imaginar esta innovación, la reflexión teológica fue bloqueada “para siempre”, por así decirlo, con un *solus papa*, que, aunque seguía siendo válido *de iure* después del Concilio, de facto ya casi no se consideraba posible.

¿Hay que entenderlo *in saecula saeculorum* lo mismo que la decisión dogmática **extra ecclesiam nulla salus** del Concilio de Florencia de 1442, con la que se excluía de la salvación a la humanidad no católica sin obediencia al Papa, mientras que el Concilio Vaticano II, con una conciencia teológica diferente, se expresó de otra manera? ¿No debería ser el *modus operandi* para cuestiones tan serias dejar que la discusión teológica se desarrolle en libertad y luego, cuando esté madura o concluida, decidir sobre ella junto “con el Papa” en un concilio o en un sínodo de la Iglesia universal?

Controversias teológicas

En el cambio de milenio tuvo lugar la llamada **“disputa de los cardenales”** entre el cardenal Ratzinger y el cardenal Kasper. **Se trataba de la relación entre Iglesia universal y la Iglesia local, primacía y episcopado y estructuras sinodales, pero también de la recepción de la eclesiología conciliar.**

Kasper adoptó posiciones que más tarde fueron confirmadas indirectamente por el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), cuando habló de la necesidad de una “saludable descentralización”. Ratzinger, por su parte, criticó duramente a Kasper, defendió una primacía ontológico-platónica de la Iglesia universal y **enfaticó la primacía papal en lugar de la colegialidad y la sinodalidad**. Aunque la disputa se resolvió amistosamente y se atribuyó en parte a malentendidos, las cuestiones planteadas son fundamentales para el futuro de una Iglesia universal sinodal.

Con el documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Dominus Iesus* (*Jesús el Señor*) del 6 de agosto de 2000 sobre la singularidad y universalidad salvífica de Jesucristo, que debe entenderse como **una dura crítica al diálogo ecuménico e interreligioso porque conduce al relativismo y al indiferentismo**, Ratzinger volvió a dividir las opiniones, creando un conflicto ecuménico. Aunque Juan Pablo II intentó calmar las aguas, para muchos quedó claro que, a partir de entonces, como muy tarde, la teología de Ratzinger tuvo una influencia más fuerte en el magisterio romano que la de cualquier prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe anterior.

El relativismo y el indiferentismo, la espada de Damocles del papado preconiliar y antimodernista, utilizados para desacreditar teologías inoportunas y procesos de diálogo, volvieron a ser aceptables en las controversias teológicas. Muchos seminaristas de bajo nivel intelectual han sido formados de nuevo desde entonces en esa mentalidad. Gracias a la homilía en la misa Pro Eligendo Romano Pontifice en la Basílica de San Pedro el 18 de abril de 2005, en la que Ratzinger advirtió elocuentemente **contra una “dictadura del relativismo”**, fue elegido sucesor de Juan Pablo II.

En conversación con Habermas, Benedicto XVI defendió la necesaria relación entre la fe y la razón, que se necesitan y están llamadas a purificarse y cuidarse mutuamente.

En enero de 2004 había demostrado su capacidad de diálogo en **una memorable conversación con el filósofo alemán Jürgen Habermas en Múnich**. Allí defendió la **“necesaria correlacionalidad de la razón y la fe, la razón y la religión, que están llamadas a purificarse y curarse mutuamente** y que se necesitan y deben reconocerse mutuamente”; particularmente evidente es esa correlación en el cristianismo occidental.

Pero también advirtió contra la arrogancia occidental y abogó –casi como Hans Küng con su Proyecto Ético Global– por **una correlación polifónica con las demás religiones y culturas sobre la base de la complementariedad de la razón y la fe**, “para que pueda crecer un proceso universal de purificaciones, en el que finalmente los valores y normas esenciales, de algún modo conocidos o intuitos por todos los pueblos, puedan adquirir nueva luminosidad, para que lo que mantiene unido al mundo pueda volver a cobrar fuerza efectiva en la humanidad”.

Es una ironía de la historia que el defensor de esta “correlación polifónica”, también para el Islam, como papa Benedicto XVI fuera tan malinterpretado con el discurso de Ratisbona del 12 de septiembre de 2006.

Puntos fuertes y débiles

De su papado se recordará permanentemente, sobre todo, la encíclica inaugural, *Deus Caritas est* (Dios es amor), en la que presentó con claridad la naturaleza del Dios que se nos mostró en Jesús y al que ahora reconocerá cara a cara. **También quedarán algunos discursos, como el que pronunció el 22 de septiembre de 2011 en el Bundestag alemán,** en el que habló de la “ecología del hombre”, porque él también tenía una “naturaleza” que habría que cuidar.

Su sorprendente e impresionante renuncia el 11 de febrero de 2013 tiene un significado histórico. Gracias a esta desmitificación del papado, en la que mostró una verdadera humildad, este tipo de acontecimientos se producirán probablemente con más frecuencia en la futura historia papal.

Por lo demás, su papado evidenció claramente **los puntos fuertes y débiles de Joseph Ratzinger:** su aguda inteligencia y brillante lenguaje; sus esfuerzos por salvar lo que “Él” creía que era lo verdaderamente sostenible en el mudar de los tiempos tras el Concilio, incluida una **estetización de la liturgia** y del papado; su especial preocupación por **el futuro del cristianismo “en Europa”, que corre el peligro de olvidar sus raíces espirituales** en Jerusalén, Atenas y Roma; su capacidad para percibir las “heridas de la Iglesia” (especialmente del clero), que conocía muy bien desde hacía décadas como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; unida a su incapacidad para combatir con coherencia **los escándalos de abusos** y para reformar la Curia y la Iglesia tras las décadas postconciliares perdidas de idealización platónica de la Iglesia, que bloquearon la visión de la realidad.

La “conversión” de Francisco

Tras su dimisión, el papa Francisco se enfrentó a la tarea de un importante cambio de rumbo, que denominó “conversión” (reorientación y conversión al mismo tiempo) en el original español de *Evangelii gaudium*.

Solo cabe desear a la Iglesia católica, que con el Concilio se reposicionó en el mundo actual, que mantenga el nuevo rumbo y **recupere la alegría de la evangelización, su principal tarea.** Porque, como dijo Gilbert Keith Chesterton, la tradición viva, o lo verdaderamente sostenible en el mudar de los tiempos, es salvar el “fuego” (de la evangelización), no conservar las “cenizas” de una forma eclesial pasada.



Ratzinger, simplemente sabio

Celso Alcaina

Teólogo y jurista, oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe con Pablo VI

Entre 1966 y 1975, yo era oficial del Vaticano. Para alejarse de su pésima reputación histórica, el Santo Oficio, antigua Santa Inquisición, se había dulcificado en Congregación para la Doctrina de la Fe. El Concilio Vaticano II había pedido universalizar la Curia romana. Ese fue el contexto de mi nombramiento. Igual que el de otros cinco compañeros procedentes de cuatro continentes.

En 1967 se celebró el primer Sínodo de Obispos, auspiciado por el Vaticano II. Los 180 miembros del Sínodo aprobaron **la creación de una Comisión Teológica Internacional**. Pablo VI dio las órdenes oportunas al cardenal Ottaviani, prefecto del Santo Oficio, y luego a su inmediato sucesor, el cardenal Seper.

Formé parte de un reducido número de oficiales con la misión de seleccionar a los mejores teólogos católicos. Entre los 30 teólogos, estaban dos de lengua española, **Olegario González de Cardedal y Jorge Medina**. Otros elegidos habían sido sospechosos o censurados antes del Vaticano II: **Hans Urs Von Baltasar, Yves Congar, Henri de Lubac, Karl Rahner y Joseph Ratzinger**. Todos ellos debían haber superado el filtro de sus respectivos obispos

locales. Aunque el Sínodo pedía que la Comisión representara las diversas escuelas teológicas y la diversa procedencia geográfica, también de Oriente, no fue posible atender tales criterios.

Después del Vaticano II, los otrora teólogos díscolos o heterodoxos apenas eran innovadores. Sin embargo, en la euforia de su nominación, **la Comisión Teológica propuso al Vaticano estudiar y profundizar aspectos tan actuales como el dogmatismo, la infalibilidad papal, la colegialidad episcopal, el evolucionismo, la divinidad de Jesús, la constitución jerárquica, el valor de la Biblia, la transustanciación eucarística, la indisolubilidad del matrimonio, el celibato obligatorio, el sacerdocio femenino o el pluralismo teológico.**

La Curia se atemorizó. Las propuestas cayeron en saco roto. Era una temeridad profundizar en los mismos fundamentos constitutivos de la Iglesia del siglo XX. La Comisión Teológica se marchitó y nunca revivió, aunque nominalmente sigue existiendo. Algunos de sus miembros hicieron carrera en esa Iglesia que habían intentado actualizar o cambiar. Gracias a su conformismo, fueron premiados con el cardenalato o con prebendas eclesiásticas diversas. Ratzinger, también.

Ortodoxia, Tradición y nula renovación

Desde 1966, Joseph Ratzinger aparece en los libros rojos del *Anuario Pontificio*. Primero, solo como miembro de la Comisión de Revisión del Codex. Luego, como consultor en la Congregación para la Educación Católica. A partir de su incorporación a la Comisión Teológica Internacional, el Santo Oficio le solicitó algún que otro voto (dictamen) sobre cuestiones dogmáticas. Seguía siendo profesor en Tübingen y en otras universidades. **Sus opiniones gustaban en el Dicasterio donde yo trabajaba porque resumaban ortodoxia, respeto a la Tradición, nada de renovación.**

En 1977, a sus 50 años, fue nombrado arzobispo de Múnich y casi inmediatamente Pablo VI lo creó cardenal. Lo más notorio de su labor como obispo local surgió recientemente con acusaciones de desidia en afrontar casos de pederastia de su clero.

Son decenas los teólogos, profesores y escritores que sufrieron la deriva conservadora persecutoria de Wojtyła y Ratzinger. Las heridas no están cicatrizadas.

En 1981, **Juan Pablo II decidió traerlo a Roma como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.** Y fue en el Palazzo del Sant'Uffizio donde, en maridaje con Wojtyła, **mostró su auténtica cara de inquisidor.**

Son docenas los **teólogos, profesores y escritores que sufrieron la deriva conservadora persecutoria** de ambos jefes durante 25 años. **Las heridas no están cicatrizadas.** Algunos pensadores católicos, no pocos, tuvieron que abandonar sus cátedras y sus publicaciones. O se decidieron a dejar el estado clerical o incluso la Iglesia. Pláceme citar solamente a **Hans Küng**, su viejo y coetáneo colega de docencia. Por negar la infalibilidad papal y poner en duda algunos otros dogmas, Küng sufrió el ostracismo, fue marginado hasta el punto de ser declarado teólogo no católico. Ratzinger, ya siendo papa, tuvo algún contacto con Küng, pero no hubo acercamiento ideológico y ni siquiera en sus últimos penosos años de vida quiso rehabilitarlo.

Como Benedicto XVI, se mostró más contundente que Juan Pablo II contra la pederastia en el clero. Pero no lo suficiente. Y es cómplice del papa polaco en errores tan graves como el de Maciel.

Tema principal de crítica a Ratzinger es la lentitud en el tratamiento de la pederastia en el clero. Como Benedicto XVI, se mostró más contundente que su predecesor. No lo suficiente. Y son muchos los observadores que ven en Ratzinger cardenal **un cómplice de los errores de Juan Pablo II** en esta materia. Solo un ejemplo: el tratamiento amistoso con el superpederasta **Marcial Maciel** forma parte, como negra sombra, de la necrológica de Juan Pablo II, pero también de la de Ratzinger, permanente confidente y mano derecha de Juan Pablo.

El cónclave de 2005 colocó a **Ratzinger en la sede episcopal de Roma y en el trono pontificio**. Le valió su prestigio como antiguo profesor, como teólogo mundialmente reconocido, autor de numerosas publicaciones, muchas de ellas discutibles. **El arte de gobernar desde la silla de Pedro y de la jefatura de la Ciudad del Vaticano estaba lejos del carácter teórico del sabio.**

Consciente de sus limitaciones, en un encomiable alarde de realidad, **dimitió en 2005. ¿Incapacidad o cobardía?**

Hay algo innegable. **El abandono del Concilio Vaticano II y el silenciamiento de muchos brillantes teólogos han impedido que la Iglesia se haya acomodado a nuestro tiempo.** Francisco, su sucesor, ha venido a relativizar las doctrinas y priorizar las prácticas. Una senda más evangélica.



¿Doctor de la Iglesia súbito? ¡No, por favor!

José Ignacio González Faus

Teólogo

Los mismos que, a la muerte de Juan Pablo II, comenzaron a gritar “santo súbito” y consiguieron una canonización irregular ^[1], gritan ahora a propósito de Benedicto XVI: “Doctor de la Iglesia súbito”. ¿Quiénes son y por qué lo hacen?

Podrían ser algunos de esos cardenales enemigos de Francisco. Pero si además me dijeran que entre los que reclaman eso hay gente de Vox, de la extrema derecha estadounidense, o el señor Orban, no me extrañaría. Lo que me temo mucho es que eso **no lo piden por el bien de Ratzinger ni por el bien de la Iglesia, sino en defensa de sus propios intereses.**

Pues ese modo de proceder de las fuerzas más reaccionarias y más carentes de argumentos, ha sido frecuente en la historia de la Iglesia. Déjese me poner un par de ejemplos de ello.

Primero, **san Cirilo de Alejandría**, que anduvo rozando la herejía monofisita, obsesionado además por que Alejandría conservase el título de “segunda Roma” (frente a la naciente Constantinopla) y maltratando a quienes no pensaban como él, figura hoy en el santoral, donde no aparece el paciente y dialogante Juan de Antioquía que logró el acuerdo en él.

Muchos siglos después un historiador de la Iglesia tuvo que escribir: **“Cirilo es santo, pero no todas sus obras fueron santas”** ^[2]. Y quienes tan alegremente lo elevaban a los altares no podían ni sospechar que, ya en nuestro siglo, un tal Amenábar filmaría una película (*Ágora*) donde la filósofa pagana Hipatia es maltratada y asesinada por culpa de san Cirilo. Con claras exageraciones también, pero con una base real. Decididamente, la historia es del color del interés con que se la mira.

Lo de la canonización “súbita” de Juan Pablo II tenía, en sí mismo, poca importancia, pues la teología dogmática de la BAC que me tocó estudiar aclaraba (para tranquilidad de nuestro profesor) que cuando la Iglesia canoniza a alguien, solo se compromete en garantizar que “está en el cielo”. No dudo de que allí está aquel buen K. Wojtyla, que tuvo un final tan duro y que suplicaba que le dejaran “irse a la casa del Padre”.

Pero para nosotros **el problema surge porque los fieles buscamos en los santos algo más que intercesores: necesitamos conductas que nos interpelen**. Y no resulta muy interpelador el proceder de quien (en el caso Maciel) prefirió poner el buen nombre de la Iglesia por delante de la verdad y del dolor de las víctimas ^[3]. Como tampoco es ejemplar la conducta de quienes consiguieron eludir las normas canónicas para canonizar a Wojtyla antes de tiempo.

Los fieles buscamos en los santos algo más que intercesores:
necesitamos conductas que nos interpelen.

Y otra vez: no por amor a Juan Pablo II o a la Iglesia, sino creyendo que así protegían sus propios intereses menos confesables. Y, por supuesto, sin haber leído la *Laborem exercens* ni la *Sollicitudo rei socialis*, que, de conocerlas, no les harían demasiada gracia; pero ellos sabían bien que la historia no se construye desde el conocimiento profundo y matizado de las cosas, sino desde imágenes mediáticas globales y simplistas.

Un proceder semejante al de los monofisitas con san Cirilo fue el de los jansenistas: por ellos hablaba san Agustín, y quienes los contradecían solo eran herejes pelagianos. Ignoraban que si Agustín es genial cuando habla de la Gracia, roza a veces la herejía cuando habla del pecado, sobre todo en sus últimas obras de anciano, pesimista y desilusionado ante los tiempos que le tocó vivir. Pero ellos pretendían que esas obras finales no expresaban la decepción, sino la madurez de Agustín ^[4].

Estos dos ejemplos confirman algo de lo que más me ha impresionado a lo largo de mi ya larga vida: **la absoluta falta de la más elemental caridad en gentes que dicen defender al cristianismo** (y de los que cabe suponer que, como cristianos, habrán leído y meditado la primera carta de Juan).

Estos ejemplos solo pretenden que no nos extrañemos ante estas otras prisas por convertir a Ratzinger en “doctor prematuro de la Iglesia”.

Si pasamos ahora a **ese “doctorado eclesial” reclamado con tanta prisa**, quien esté un poco metido en la historia de la teología reciente sabrá que hay otros nombres, como **Congar, Rahner, Gustavo Gutiérrez o Schillebeeckx, que merecerían ese título tanto o más que Ratzinger**. Su obra sobre Jesús de Nazaret es un buen texto (con algunas deficiencias por miedo a la crítica histórica), pero que no pasa de ser uno más entre la increíble cantidad de textos jesuánicos de autores como **Duquoc, Moingt, Sobrino, J. L. Segundo, L. Boff, Theissen y otros mil más, que resultan además mucho más interpeladores...**

Ratzinger combatió con plena razón el relativismo que nos envuelve, pero lo combatió ya anciano, azotándolo desde fuera en vez de superarlo desde dentro. Hubiera sido un modo de proceder más propio de un gran doctor.

Ratzinger combatió con plena razón el relativismo que nos envuelve y que nos está llevando a una sociedad de falsos absolutos: a la sociedad sin matices, donde todo matiz es ya una gran traición. Pero lo combatió ya anciano, azotándolo desde fuera en vez de superarlo desde dentro. Eso otro hubiera sido un modo de proceder mucho más cristiano, pero mucho más difícil y más propio de un gran doctor.

Si ahora salimos un momento de la teología y miramos la política, podremos comprobar que este modo interesado de proceder en provecho propio no es un comportamiento exclusivamente eclesiástico sino, con palabras de Nietzsche: “Humano, demasiado humano”. En poco tiempo hemos visto al señor Macron que pasaba de llamar “dictador” a Nicolás Maduro a llamarle “presidente” (en la COP27). Y uno pensaba: ¡qué bien! ¿Eso significa que Maduro ha cambiado? Pero resulta que no: solo significaba que Venezuela tiene petróleo y Francia se enfrenta a problemas energéticos por culpa de la guerra de Ucrania... Entenderemos así que **todos los conservadores, que con tanta prisa reclaman ese título de doctor de la Iglesia para Ratzinger, lo hacen también porque carecen de “petróleo teológico”**.

Por favor, pues, hermanos: **todo eso de Dios es algo demasiado serio como para que lo convirtamos en un arma en favor de los intereses propios**. A semejante modo de proceder, los evangelios lo califican de fariseísmo.

El título de doctor de la Iglesia debe alcanzarse cuando, pasado un tiempo, se comprueba el bien que siguen haciendo sus obras. Ahí está **Teresa de Ávila**, tantas veces denunciada a la Inquisición. Ahí está, como propuesta hecha precisamente por Ratzinger (y sin las prisas de quienes ahora le manipulan), esa figura impresionante de **J. H. Newman**, tildado de traidor y de hereje durante casi toda su vida (como Jesús fue tildado de “comedor y bebedor, amigo de putas y publicanos”).

Dicho **con palabras del mismo Ratzinger: “El signo característico del gran doctor de la Iglesia es, en mi opinión, que él no enseña solo con su pensamiento y sus discursos, sino también con su vida**, ya que, en él, pensamiento y vida se complementan y se determinan recíprocamente. Si esto es cierto, entonces Newman pertenece a los grandes doctores de la Iglesia, porque, al mismo tiempo, él toca nuestro corazón e ilumina nuestro pensamiento”^[5].

Por favor, pues, otra vez: no banalicemos algo tan tremendamente serio como es la fe cristiana.

—

[1] Las normas canónicas para la canonización prescriben que no se inicie ningún proceso hasta pasados cinco años de la muerte; antes eran 50, como medida sensata para evitar fanatismos; pero se rebajó ese límite para que no desaparecieran pruebas. Wojtyła murió en 2005 y en 2009 ya había sido declarado “venerable”.

[2] Frase de Tillemont citada por P. Camelot, ‘Ephèse et Calcédoine’ (Paris 1962), p. 35.

[3] Remito al libro *La voluntad de no saber*, de Alberto Athié, José Barba y Fernando González (alguno de ellos exlegionario y víctima de Maciel), editado en México en 2012. Allí se lee (p. 199) que, cuando después de muchos esfuerzos, se le hizo llegar al cardenal Ratzinger un dossier lo más completo posible, su respuesta fue: “Lo lamento mucho pero el caso del p. Maciel no se puede abrir porque es una persona muy querida del Santo Padre y ha hecho mucho bien a la Iglesia. Lo lamento, monseñor”. El balance de hoy sería más bien que pocas personas han hecho más daño a la Iglesia que M. Maciel.

[4] Para la historia y significado del jansenismo (que me parece fundamental en todo el conservadurismo eclesiástico actual), me permito remitir a *Plenitud humana. Reflexiones sobre la verdad*, Santander 2022, pp. 299-332.

[5] Palabras pronunciadas por el entonces cardenal Ratzinger en 1990, centenario de la muerte de J.H. Newman. Ojalá estas palabras toquen el corazón de quienes ahora dan la sensación de estar manipulándolo en beneficio de sus intereses conservadores.

.



Benedicto XVI, el destino del Papa profesor

Andrés Torres Queiruga

Teólogo

Hay frases que pueden marcar o al menos definir un destino. “Pienso que, ya que Dios ha hecho papa a un profesor, quería que precisamente este aspecto de la reflexión, y en especial la lucha por la unidad de fe y razón, pasaran al primer plano”. Son palabras pronunciadas por Benedicto XVI en 2010, en el libro de entrevistas *La luz del mundo*.

Había llegado al pontificado después de pasar muchos años como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y **siendo claramente la cabeza teológica de Juan Pablo II**, el papa más “político”, con quien durante unos treinta años había promovido, sin concesiones, una exigente reagrupación doctrinal de la Iglesia. La redacción del Catecismo de la Iglesia Católica, cuidadosamente supervisada por él, fue el ideario que, declarado de autoridad pontificia, pretendió imponer como norma y criterio para la catequesis e incluso para la teología.

De hecho, el prestigio de profesor alemán, junto con una rica trayectoria de publicaciones teológicas, lograron introducir en el ambiente un sentido de dignidad cultural para el anuncio de la fe cristiana. Respondía así a una

necesidad global de actualización, que el Concilio Vaticano II había reconocido y proclamado solemnemente. **Era urgente, tras la severa crisis de la Ilustración, que puso en crisis el papel destacado con el que el cristianismo había marcado la cultura occidental** durante un milenio y medio y desde entonces, en buena medida, también la del mundo.

Él, no solo por formación, sino por haber participado personalmente en el Concilio, parecía bien preparado para emprender la alta tarea. Y decidió afrontarla, continuando, con otro estilo, pero con la misma actitud de cierto mesianismo salvador, el camino ya emprendido junto al anterior papa, Juan Pablo II.

El Concilio había abierto las puertas a una revolución evangélica, pero Juan Pablo II y Benedicto XVI quisieron imponer una renovación de compromiso, con arreglos de forma, apuntalando el mismo viejo edificio.

Pero sucede que, a estas alturas, todo parece confirmar lo que gran parte de los teólogos habían denunciado desde el principio. **El Concilio había abierto las puertas a una revolución evangélica, y lo que estos dos papas pretendían imponer era una renovación de compromiso**, con arreglos de forma y acomodación de estilo. Al final, no hacían más que apuntalar el mismo viejo edificio. Se procedió a través de una hermenéutica restauradora del mensaje conciliar, con el fortalecimiento de la autoridad central.

Si Juan Pablo II insistió sobre todo en la disciplina de un gobernante fuerte y experimentado, **Benedicto XVI se centró en la teología. Publicó, siguiendo también el estilo del anterior, algunos documentos excelentes**, como *Deus Caritas est* (Dios es amor), *Spe Salvi* (Salvados por la esperanza) y *Caritas in veritate* (La caridad en la verdad), que fueron luminosos y esperanzadores, en cuanto se centraban en el anuncio central de la fe, evitando los temas colaterales y discutibles.

Pero, en cuanto a los esfuerzos relacionados con una actualización teológica sustantiva, lo traicionó su interpretación del servicio papal, **considerándose a sí mismo como un "papa profesor": Ratzinger pensó que su autoridad pastoral como anunciador de la fe y animador de vida en un sentido evangélico lo investía también con el poder de controlar el "servicio teológico". Convirtió su teología en modelo de la teología.**

Fue un papa profesor. Pensó que su autoridad pastoral le daba también el control de convertir su teología en modelo y siguió ejerciendo el mismo control autoritario que cuando era prefecto de Doctrina de la Fe.

En consecuencia, prosiguió reforzando con la nueva autoridad papal el control autoritario que había ejercido como prefecto de la Doctrina de la Fe. **Las censuras, los procedimientos y las exclusiones de lo que sonaba a renovación fundamental se multiplicaron**, imponiendo en la enseñanza más o menos oficial los textos de los representantes de la restauración teológica. Simplificando: Hans Urs von Balthasar contra Karl Rahner.

Respecto del segundo, llegó a decir: "Trabajando con él, me di cuenta de que Rahner y yo, a pesar de estar de acuerdo en muchos puntos y en múltiples aspiraciones, vivíamos desde el punto de vista teológico en dos planetas diferentes". Justo ahí, y también simplificando, aparece un síntoma que, permítaseme la opinión, es todo un diagnóstico: **el teólogo Ratzinger está muy lejos de la creatividad y profundidad del teólogo Rahner**. No supo reconocer, como este, la necesidad de un "cambio estructural de la Iglesia" ni de una superación radical del paradigma escolástico, abriendo para la teología y para la Iglesia un futuro que golpea con los puños las puertas de la humanidad. De la humanidad religiosa, que necesita que entren de nuevo los aires frescos del Evangelio. Y de la humanidad secular, a la que no le sobra escuchar el ofrecimiento de luz y esperanza que hace dos mil años encendió Jesús de Nazaret.

El desenfoque en el diagnóstico ha hecho que se haya perdido una gran oportunidad de presentar a Jesús al mundo con una visión actualizada y verdaderamente creíble de su figura.

No es casualidad que cierre aquí estas reflexiones con esta evocación. Pues confieso que siempre he juzgado como la pérdida de una gran oportunidad el hecho de que **el desenfoque en el diagnóstico haya impedido a Benedicto XVI aprovechar sus excelentes cualidades** de síntesis precisa y exposición esclarecedora que sobre este tema central le ofrecía la amplia difusión de su libro sobre el Nazareno.

Al no tener en cuenta los avances de los estudios bíblicos, la proclamación conciliar de la autonomía del mundo y el nuevo diálogo entre las religiones, **no logró presentar al mundo una visión actualizada y verdaderamente creíble de su figura**. La figura entrañablemente humana, de uno como nosotros, que, anunciando que la palabra que Dios es amor infinito y perdón incondicional, y que, ejerciendo una conducta fraterna, comprometida y liberadora de todos los humillados y ofendidos, permanece ahí como un faro abierto, que, hoy como en los inicios, sigue enviando señales con las que muchas personas en el mundo sintonizan íntimamente, encontrando en ellas sentido y salvación.



Benedicto XVI, un Papa de la vieja cristiandad, con su pompa y su poder político-religioso

Leonardo Boff

Teólogo

Cada vez que muere un papa, toda la comunidad eclesial y mundial se conmueve, porque ve en él al **confirmador de la fe cristiana y al principio de unidad entre las diversas Iglesias locales. Se pueden hacer muchas interpretaciones de la vida y los actos de un pontífice.** Haré uno de Brasil (de América Latina), ciertamente parcial e incompleto.

Es importante señalar que solo el 23,18% de los católicos viven en Europa; el 62% está en América Latina y el resto en África y Asia. **La Iglesia católica es una Iglesia del Segundo y Tercer Mundo.** Los futuros papas procederán probablemente de estas Iglesias, llenas de vitalidad y con nuevos estilos de encarnar el mensaje cristiano en las culturas no occidentales.

En referencia a Benedicto XVI, hay que distinguir entre el teólogo Joseph Ratzinger y el pontífice Benedicto XVI.

El teólogo Joseph Alois Ratzinger es un típico intelectual y teólogo centroeuropeo, brillante y erudito. No es un creador, sino un excelente expositor de la teología oficial, como quedó claro en sus diversos diálogos públicos con ateos y agnósticos.

No introdujo nuevos puntos de vista, sino que dio un lenguaje diferente a los ya tradicionales, especialmente los basados en san Agustín y san Buenaventura. Quizá algo nuevo sea su propuesta de la Iglesia como un grupo pequeño, muy fiel y santo, como "representación" de la totalidad. El número de fieles no le importaba; le bastaba con el pequeño grupo altamente espiritual que ocupa el lugar de todos. Resulta que dentro de este grupo de puros y santos había pedófilos y personas implicadas en escándalos financieros, lo que desmoralizó su concepción de la Representación.

El teólogo Ratzinger es el típico intelectual centroeuropeo, brillante y erudito. Pero no introdujo nuevos puntos de vista, sino que dio un lenguaje diferente a los ya tradicionales.

Otra postura singular, **objeto de interminables controversias** conmigo pero que ganó resonancia en la Iglesia, fue la interpretación de que la **"Iglesia católica es la única Iglesia de Cristo"**. Las discusiones conciliares y el espíritu ecuménico cambiaron el "es" por el "subsiste". Así se abrió un camino para que la Iglesia de Cristo también "subsistiera" en otras Iglesias. Ratzinger siempre afirmó que este cambio no era más que otro sinónimo de "es", lo que una cuidadosa investigación de las actas teológicas del Concilio no confirmó. Pero siguió apoyando su tesis.

También afirmó que las demás Iglesias no son Iglesias, sino que solo tienen elementos eclesiales. Incluso afirmó varias veces que esta postura mía se había hecho común entre los teólogos y que ello provocaba nuevas críticas del papa. Sin embargo, estaba aislado, porque había causado una gran decepción a las demás Iglesias cristianas, como la luterana, la baptista, la presbiteriana y otras, al cerrar las puertas al diálogo ecuménico.

Ratzinger entendía la Iglesia como una especie de castillo fortificado contra los errores de la modernidad, situando la ortodoxia de la fe, siempre ligada a la verdad (su *tonus firmus*) como referencia principal. A pesar de su carácter personal sobrio y cortés, se mostró, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, extremadamente duro e implacable.

Cerca de un centenar de los teólogos más destacados fueron condenados, bien con la pérdida de su cátedra, bien con la prohibición de enseñar y escribir teología o, como en mi caso, con el "silencio obsequioso". En América Latina se censuró al fundador de la Teología de la Liberación, el peruano **Gustavo Gutiérrez**; a la teóloga **Ivone Gebara**; y al autor de estas líneas. Otros en Estados Unidos, como **Charles Curran** y **R. Haight**, se vieron también afectados. Incluso un teólogo indio, el padre Anthony de Mello, ya fallecido, vio prohibidos sus libros, al igual que otro indio, Belasurya.

Los teólogos latinoamericanos, decepcionados, nunca han entendido por qué se prohibió la colección de 53 volúmenes *Teología y Liberación*, en la que participaban decenas de teólogos (se publicaron unos 25 volúmenes). Era la primera vez que se producía, fuera de Europa, una obra teológica de envergadura con resonancia mundial. Pero pronto se abortó.

El teólogo Joseph Ratzinger se mostró enemigo de los amigos de los pobres. Esto pasará a la historia de la teología. Muchos teólogos afirman que estaba obsesionado con el marxismo, a pesar de que hacía ruido en la Unión Soviética. Publicó un **documento sobre la teología de la liberación**, *Libertatis nuntius* (1984), lleno de advertencias pero sin condenas explícitas. Otro documento posterior, *Libertatis conscientia* (1986), hace hincapié en sus elementos positivos, pero con demasiadas restricciones.

Podemos decir que **nunca comprendió la centralidad de esta teología: la "opción de los pobres contra la pobreza y por la liberación"**. Convirtió a los pobres en protagonistas de su liberación y no en meros receptores de la caridad y el paternalismo. Esta era la visión tradicional y la del papa Benedicto XVI. Sospechaba que había marxismo en este protagonismo del poder histórico de los pobres.

Como papa, Benedicto XVI inauguró la "Vuelta a la Gran Disciplina", con una clara tendencia restauradora y conservadora, hasta el punto de reintroducir la Misa en latín y de espaldas al pueblo.

Como pontífice, Benedicto XVI inauguró la "Vuelta a la Gran Disciplina", con una clara tendencia restauradora y conservadora, hasta el punto de reintroducir la Misa en latín y de espaldas al pueblo. Causó estupor general en la propia Iglesia cuando en el año 2000 publicó el documento **Dominus Jesus**, en el que reafirmaba la vieja doctrina medieval, superada por el Concilio Vaticano II, según la cual "fuera de la Iglesia católica no hay salvación" Los no cristianos corrían grave peligro. Una vez más, negó el calificativo de "Iglesia" a las demás Iglesias, lo que provocó la irritación general, que solo eran comunidades eclesiales, y con todo su ingenio se peleó con los musulmanes, los evangélicos, las mujeres y el grupo fundamentalista contra el Vaticano II.

Su forma de dirigir la Iglesia no era carismática, como la de Juan Pablo II. Se guiaba más por la ortodoxia y el celo vigilante por las verdades de fe que por la apertura al mundo y la ternura hacia el pueblo cristiano, como el papa Francisco.

Benedicto XVI era un representante legítimo de la vieja cristiandad europea, con su pompa y su poder político-religioso. Rara vez se mostró abierta a otras culturas como las antiguas de América Latina, África y Asia. Nunca se deshizo de cierta arrogancia de ser el mejor, y en nombre de ella colonizó el mundo entero, tendencia que aún no ha sido superada del todo.

A pesar de sus limitaciones, pero por sus virtudes personales y por la humildad de haber renunciado, debido a los límites de sus fuerzas, al oficio papal, seguramente será contado entre los bienaventurados.



Benedicto XVI y los obispos españoles

Jesús Martínez Gordo

Teólogo

Si bien es cierto que, entre los obispos españoles en activo existen diferentes sensibilidades, no lo es menos que hay una dominante, en total sintonía con la lectura involutiva que se empieza a realizar del Vaticano II en el pontificado del papa Juan Pablo II, con la ayuda inestimable de J. Ratzinger, futuro Benedicto XVI: desde la finalización del Concilio –se le oía decir entonces y luego, a lo largo de su pontificado (2005-2013)–, estamos asistiendo a una rápida secularización o solapamiento del misterio de Dios en la sociedad y a la mundanización de la Iglesia, sin que los obispos, los cristianos y las comunidades estén afrontando tales hechos con la lucidez y el coraje requeridos.

Repasando este diagnóstico, se confirma –como ya denunciaron los críticos en su día– que se trata de un análisis al servicio, en primer lugar, de una forma de papado, gobierno eclesial y magisterio teológicamente superada en el Vaticano II, es decir, involutiva. Y, en segundo lugar, por dar alas a un modo de presencia en la sociedad –que

tutelar– más propio de un régimen de neocristiandad y restauracionista que de un tiempo secular y aconfesional o laico como el nuestro, al menos en Europa occidental.

No extraña, por ello, que impulsara, con Juan Pablo II, **cinco líneas de fuerza que también marcan su papado**. Y, por supuesto, el episcopado y la Iglesia española de los últimos decenios.

1. Según la primera de estas cinco líneas, **urge reafirmar la centralidad del primado del sucesor de Pedro –y de su Curia– frente a la conciliar doctrina de la colegialidad** o cogobernanza episcopal. Esta apuesta acabará recuperando un papado y una Curia marcadamente centralistas que, ya incubados en el pontificado de Pablo VI, alcanzan su pleno desarrollo en los de Juan Pablo II y en el suyo.
2. De acuerdo con la segunda de las apuestas, hay que contar con **un nuevo Código de Derecho Canónico que corrija algunos de los “errores” interpretativos** a los que se viene prestando el Vaticano II y que, a la vez, salga al paso de los vacíos dejados por los padres conciliares.
3. La tercera pasa por promover, en coherencia con tal reafirmación del centro eclesial, **obispos que, de hecho, sean más delegados o vicarios del Papa que sucesores de los apóstoles**, “casados” con sus respectivas diócesis.
4. Por la cuarta de las apuestas, se busca contar con **correas de transmisión** que, relegando a otros colectivos más comprometidos en la promoción de la justicia y liberación de los últimos del mundo, sintonicen con el nuevo modelo de Iglesia que se está impulsando. Es la tarea que se asigna a los llamados “nuevos movimientos” y en la que estos se van a implicar gustosamente.
5. Y, para acabar, defender, en relación con la sociedad civil, **la Verdad** que, entregada por Dios en Jesús y transmitida a las generaciones posteriores –gracias al cauce de la tradición viva de la Iglesia–, es autenticada por los obispos, presididos por el sucesor de Pedro.

Una lectura preconciliar e involutiva

El resultado va a ser un pontificado y un Episcopado español abonados a una lectura preconciliar e involutiva del Vaticano II –de puertas adentro– y a una restauración –de puertas afuera– presidida por la reimplantación de una sociedad neocristiana en nombre de la Verdad y con olvido de una consensuada convivencia entre diferentes, a la vez, empática y crítica.

Poco o nada que ver con lo aprobado en el Concilio. Y mucho que ver con la llegada del cardenal **Ángel Suquía** a la presidencia de la Conferencia Episcopal Española (1987). Desde entonces, se puede aplicar a los obispos nombrados –incluso a los elegidos en nuestros días– lo que en su día dijo el cardenal Tarancón, refiriéndose a algunos de sus compañeros de aquellos años: **padecen torticolis de tanto mirar al Vaticano**.

El pontificado de Benedicto XVI y el Episcopado español coinciden en una lectura preconciliar e involutiva del Vaticano II y en la restauración de una sociedad neocristiana en nombre de la Verdad.

El éxito de este modelo de obispos en España es perceptible tanto en la forma de gobernar sus respectivas diócesis, como, de manera particular, en los diferentes diagnósticos –teológicos y sociales– y planes de acción pastoral que vienen promoviendo desde que son una mayoría aplastante. La lectura detenida de los mismos –imposible de explicitar en esta ocasión– permite percatarse de lo extendidas que se encuentran las cinco apuestas reseñadas más arriba como líneas de fuerza también del pontificado de Benedicto XVI.

Afortunadamente, el Papa “venido del fin del mundo” quiere leer el Vaticano II a partir de lo aprobado por la mayoría y mantener una relación adulta con la sociedad civil, sin falsos tutelajes. Pero se encuentra con un Episcopado –en este caso, el español, aunque no solo– nombrado para otra tarea que poco o nada tiene que ver con lo que, por fidelidad a dicho Vaticano II, él propone. Se trata de **un Episcopado que, pillado con el pie cambiado, prefiere callar, mirar a otro lado o hacer lo imprescindible para no desentonar y, sobre todo, esperar a un nuevo tiempo.**

Disfruta, hermano J. Ratzinger-Benedicto XVI, de la Vida en plenitud, otro de “los mil nombres” de lo que decimos cuando decimos “Dios”. Somos muchos los que experimentamos y sabemos contigo que nuestra existencia es un murmullo, un chispazo o un finito y limitado destello de dicha Vida. El Nazareno –de quien tanto hablaste y a quien seguimos– nos confirma en la bondad, verdad y belleza de dicha convicción, indicándonos, además, cómo vivir nuestra existencia –con sus claroscuros– como una anticipación de tal Vida en plenitud. Gracias por lo que pueda corresponderte en esta esperanzada convicción.



Joseph Ratzinger: de teólogo conciliar a vigía de la ortodoxia

Juan José Tamayo

Teólogo

La dedicación de Joseph Ratzinger a la teología fue discontinua, como él mismo reconoce en su autobiografía

***Mi vida:* cuando empezaba su trabajo teológico sobre la dogmática a la luz de Concilio Vaticano II se vio interrumpido por el nombramiento, primero, como arzobispo de Múnich y, unos meses después, como cardenal.**

A su vez, se caracterizó no tanto por la evolución cuanto por la involución, al **cuestionar las ideas que él mismo defendió durante los primeros años de su actividad teológica**, y se desarrolló dentro de la más pura ortodoxia, como él mismo reconoce, si bien en diálogo sincero y lúcido con pensadores ateos.

Ratzinger inició la docencia teológica muy joven en diferentes universidades alemanas: Bonn, Münster y Tubinga, en diálogo con los climas culturales y filosóficos de la modernidad y con los teólogos protestantes de su época. **Participó como perito en el Concilio Vaticano II de 1962 a 1965 junto con algunos de los más importantes**

teólogos de la época, como su colega en Tubinga Hans Küng, Karl Rahner, Edward Schillebeeckx, Bernhard Häring o Yves Congar, entre otros. Contribuyó con ellos a la elaboración de los documentos conciliares que abrieron el camino de la reforma de la Iglesia, del diálogo con las religiones y con el mundo moderno, del giro antropológico y de la ubicación de la Iglesia en la sociedad.

Durante mis estudios de teología, leí con verdadera fruición dos obras suyas que reflejan el clima reformador de la Iglesia y de la teología: *Introducción al cristianismo* (Sígueme, Salamanca, 1970) y *El nuevo pueblo de Dios* (Herder, Barcelona, 1972).

Introducción al cristianismo, en palabras suyas, “intenta ayudar a comprender y explicar la fe como la realidad que posibilita el verdadero ser humano en nuestro mundo de hoy, y no reducirla a simples palabras que difícilmente pueden ocultar un gran vacío espiritual” (p.18). Creo que el libro, que comienza de manera original con la narración parábólica de Kierkegaard sobre el payaso y la aldea, resumida por Harvey Cox en su libro *La ciudad secular*, consigue sobradamente su objetivo.

En *El nuevo pueblo de Dios*, Ratzinger defiende la autonomía de las Iglesias locales frente a la “monarquía” papal que predominó en Occidente; critica “el estrangulamiento de lo cristiano, que tuvo su expresión en el siglo XIX y comienzos del siglo XX con los *Syllabi* de Pío IX y Pío X”; cuestiona, asimismo, el movimiento de “salirse del mundo para construirse su propio mundillo aparte, quitándose así la posibilidad de ser sal de la tierra y luz del mundo”. Se muestra crítico con lo que llama “teología de encíclicas”, que reduce la teología “a ser registro y –tal vez también– sistematización de las manifestaciones del magisterio”; rechaza el centralismo pontificio; y defiende la falibilidad teórica del papa.

Sus primeras obras reflejan el clima reformador de la Iglesia y de la teología. Después, tras la revolución de 1968 y por creer que el marxismo había entrado en las aulas de Teología, inició un camino hacia un pensamiento conservador.

Quizá por el desconcierto que provocó en él la revolución estudiantil del 68 y por su percepción –a mi juicio equivocada– de que el marxismo había entrado en las aulas de Teología, como él mismo confiesa en la citada autobiografía, inició el camino hacia un pensamiento teológico, cultural y político conservador que le llevó a distanciarse de sus colegas conciliares y a **vincularse con teólogos y colectivos cristianos de una tendencia no precisamente conciliar, como Comunión y Liberación, Comunidades Neocatecumenales, Opus Dei, etc.** Esta tendencia se reforzó cuando accedió primero a la cúpula del poder doctrinal como presidente de la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF), de 1982 a 2005, y después a la cúpula del poder eclesiástico como papa, de 2005 hasta su renuncia en 2013.

Tres pruebas de su deriva involucionista

Tres son los textos que demuestran su deriva involucionista. El primero es la ***Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*** (1984), de la CDF durante su presidencia. En él se acusa a esta corriente teológica nacida en América Latina de **“grave desviación de la fe cristiana”** por reducir la fe cristiana a un humanismo terrestre, emplear acríticamente el método marxista de análisis de la realidad, que, a juicio del cardenal Ratzinger no puede dissociarse de la filosofía atea del marxismo, ofrecer una interpretación racionalista de la Biblia, identificar la categoría bíblica de “pobre” con la categoría marxista de “proletariado” y entender la Iglesia popular como Iglesia de clase en su acepción marxista.

Las acusaciones no se quedaron en el papel, sino que se tradujeron en procesos, **sanciones y críticas de obras** de algunos de los principales teólogos de la liberación como Jon Sobrino y Leonardo Boff.

Los propios teólogos de la liberación no se vieron reconocidos en la exposición que de su teología hacía el documento. Además, la severa condena de la *Instrucción contra la teología de la liberación* provocó numerosas críticas de diferentes sectores teológicos y eclesiales que “obligaron” a la propia CDF a publicar dos años después una nueva *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación* con una exposición doctrinal en clave positiva sobre la liberación.

El segundo ejemplo de la involución del teólogo Ratzinger es el Informe sobre la fe, que recoge la larga entrevista concedida al periodista italiano Vittorio Messori en agosto de 1984 y publicada en 1985. En él critica el grave deterioro del cristianismo tras el Concilio Vaticano II y propone un proyecto de **restauración de la Iglesia en plena sintonía con el papa Juan Pablo II**, a quien acompañó a lo largo de todo su pontificado y de quien se convirtió en el principal asesor ideológico, llegando incluso a corregirle por sus encuentros interreligiosos.

En su ‘Informe sobre la fe’, Ratzinger propone un proyecto de restauración de la Iglesia en sintonía con Juan Pablo II, a quien acompañó y de quien se convirtió en principal asesor ideológico.

El tercer texto es la declaración ***Dominus Iesus***, de 2000, también de autoría de la CDF siendo él presidente, en la que, con una actitud rayana en el fundamentalismo, identifica la Iglesia católica con la Iglesia de Cristo, con una clara exclusión de las otras iglesias cristianas; califica el pluralismo religioso de relativismo; y ofrece una visión negativa de la cultura occidental. La condena en este caso fue contra la teología del pluralismo y del diálogo interreligioso, y recayó, entre otros, en el teólogo de Sri Lanka Tissa Balasuraya, en el teólogo belga Jacques Dupuis, que enseñó en la India durante cuarenta años, y en el teólogo estadounidense Roger Haight.

Como balance final, **me parece positiva la contribución de Ratzinger en el Concilio Vaticano II al paso del anatema al diálogo filosófico y cultural, pero le considero corresponsable del cambio de paradigma** producido durante el pontificado de Juan Pablo II y el suyo del diálogo al anatema de las nuevas corrientes teológicas.

Le reconozco **el mérito de haber mantenido lúcidos diálogos con pensadores no creyentes** como Jürgen Habermas (Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger, *Diálogo entre fe y razón*. Dialéctica de la secularización, FCE, México, 2008, traducción de Pablo Largo), Paolo Flores d' Arcais (Joseph Ratzinger y Paolo Flores d' Arcais, *¿Dios existe?*, Espasa, Madrid, 2008, traducción de Carmen Bas Álvarez y Alejandro Pradera Sánchez) y Piergiorgio Odifreddi, *In camino alla ricerca della verità. Lettere e colloqui con Benedetto XVI* (Rizzoli, 2022), desde posiciones diferentes e incluso contrapuestas.

Pero **le critico el no haber respetado el pluralismo ideológico al interior de la Iglesia y no haber sido capaz de tender puentes de comunicación con sus colegas que disentían de su interpretación** en algunos de los grandes temas del cristianismo. Y lo hizo desde las dos cúpulas principales de poder del Vaticano: la doctrinal, en la CDF, que presidió durante casi un cuarto de siglo, y la papal, durante los ocho años que fue Sumo Pontífice. desde donde condenó a quienes no comulgaban con la teología romana que él representaba.

Se convirtió así en **vigía de la ortodoxia y en defensor del "depósito de la fe"**, pero descuidó, desestimó –e incluso ¿condenó?– la ortopraxis (praxis de liberación) en el seguimiento de Jesús de Nazaret, el Cristo liberador.

Siempre me ha sorprendido **la descompensación que hay en la Curia vaticana en la representación de las tres virtudes cardinales: fe, esperanza y caridad**. Solo existe la Congregación para la Doctrina de la Fe. Las virtudes de la esperanza y de la caridad-amor no parece que tengan quiénes las defiendan en el Vaticano. Bueno, cabe destacar que ha sido Benedicto XVI quien ha reconocido la centralidad de la esperanza y de la caridad en tres de sus encíclicas: *Dios es amor (Deus Caritas est)*, *Salvados por la esperanza (Spe Salvi)* y *La caridad en la verdad (Caritas in Veritate)*.



De Ratzinger / Benedicto XVI, lo esencial es leerle

Javier Elzo
Sociólogo

Como el anterior papa Benedicto XV, el ya fallecido Benedicto XVI fue pontífice entre dos gigantes, entre Juan Pablo II y el actual papa, Francisco. Además, como me escribe un amigo desde Granada, y con razón a mi juicio, a Ratzinger, un intelectual, lo malogaron haciéndolo obispo y luego papa.

Ratzinger fue un gran teólogo, conservador a decir de muchos, lo que exige profundización. **Ratzinger era de una clarividencia y profundidad extraordinarias; los que le trataron insisten también en su bondad.** Precisamente, el mismo día de su fallecimiento, el 31 de diciembre de 2022, el papa Francisco elogió su nobleza y su bondad.

Los que, como él, hemos sido profesores en nuestra vida laboral, reconocemos sus textos, nos deleitamos en ellos, hasta cuando nos chirrían. **De Ratzinger-Benedicto XVI, lo esencial es leerle.** Su legado intelectual es enorme. Quiero mencionar algunas de sus aportaciones.

Dos textos inmensos

Normalmente **se recuerdan de él, como Papa, dos textos inmensos: *Deus Cáritas est* y *Caritas in veritate*, quedando en segundo lugar la encíclica *Spe Salvi***. Los títulos de los dos primeros textos citados, dos encíclicas, nos dejan ver dos ideas mayores, **dos ideas principales de Ratzinger ya papa: Dios es Amor; y el Amor, la Caridad, debe manifestarse en la Verdad.**

Ciertamente, la Verdad no es tan fácilmente aprehensible, intelectualmente, como el Amor. Pero en la vida práctica, el Amor es más que un sentimiento, el Amor debe someterse al cedazo de, si no la Verdad, sí la búsqueda de la verdad.

Este esfuerzo inagotable de Ratzinger le llevó a algunos planteamientos que causaron problemas. No solamente, pero primordialmente, en su trabajo, antes de su elección papal, como responsable del ex-Santo Oficio. Muchos teólogos sufrieron los embates del cardenal Ratzinger. Me viene a la cabeza el nombre del gran teólogo **jesuita Jacques Dupuis**.

Invitado por mí al Forum Deusto, mientras le escuchaba la conferencia, siguiéndola con el texto que nos había proporcionado, constataba que se saltaba algunos párrafos. Al término de la conferencia me pidió que le diera mi texto. Casi me lo arrancó de mis manos. Allí mismo, en el Salón de Grados de Deusto, le vi tachar los párrafos que se había saltado en su conferencia y decirme: "Je n'est pas le droit de diré ca" ("No puedo decir esto"). Me impactó. Le acompañé al aeropuerto de Bilbao, Sondica, todavía no Loiu, y gracias a un venturoso atraso de Iberia pude conversar en profundidad con él. No olvidaré aquella prolongada conversación.

En los textos principales que Benedicto XVI escribió como Papa hay dos ideas principales: Dios es Amor, y el Amor debe manifestarse en la Verdad.

La segunda encíclica en el tiempo, ***Spe Salvi (Salvados en la esperanza)***, de enero de 2007, un texto sobre la teología de la esperanza, pero con una neta proyección cotidiana, facilita su lectura.

Pero no quiero olvidarme de la encíclica redactada por Benedicto XVI y promulgada, sin apenas cambios, por su sucesor, Francisco, a los pocos meses de su elección: ***Lumen fidei***, encíclica muy poco citada, aunque yo la cito en varios de mis textos. Es magnífica, de una profundidad extraordinaria.

Ratzinger escribe en 2013, y Francisco lo hace propio con su firma, que "si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. **La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca.** Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él

mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada". Así cierra Ratzinger lo que había abierto con *Deus Caritas est* y con *Caritas in veritate*.

Ratzinger y Teilhard de Chardin

Mi buen amigo Leandro Sequeiros San Román, jesuita y catedrático de Paleontología, a quien tanto debo en la edición de mi último libro, me envía un texto sobre **la relación de Ratzinger con el también jesuita y paleontólogo Pedro Teilhard de Chardin** (1881-1955), quien fue mal visto por la Iglesia católica debido a su visión de un universo evolutivo, aunque también espiritual. El pensamiento de Teilhard de Chardin influyó en la visión de la aldea global de Marshall Mc Luhan, en la Teoría de Gaia de Jame Lovelock, es citado de manera recurrente por Al Gore en sus conferencias sobre el calentamiento global e incluso algunos dicen que fue precursor del Internet, como cerebro planetario en su concepción de la noosfera.

Olvidado por la Iglesia pese a ser una de sus mentes más brillantes, **sorprendió que el papa Benedicto XVI lo mencionara elogiosamente durante una misa vespertina** en la Catedral de Aosta, donde tomaba sus vacaciones de verano.

El teólogo Joseph Ratzinger, en su libro fundamental *Introducción al Cristianismo* (1968), a propósito de la relación entre Jesús y la humanidad entera, decía sobre Teilhard: **"Hay que reconocer como un mérito importante de Teilhard de Chardin el haber repensado estas interconexiones desde la perspectiva de la actual imagen del mundo** y, a pesar de una tendencia hacia el biologismo no del todo incuestionable, el haberlas captado, en general, de forma ciertamente correcta y, en todo caso, el haberlas hecho nuevamente accesibles".

Así pues, **para Ratzinger hay que considerar nuevamente el valor de la intuición teilhardiana como capaz de descubrir en el Cristo-Omega el punto de vista unificador y escatológico de la humanidad**. Y por eso se puede también "perdonar" a Teilhard su simpatía por el vocabulario "biologista", porque, desde el punto de vista del contenido, hay allí una coherencia sustancial con la cristología de Pablo.

Algunos observan que el lenguaje del papa Ratzinger está influido por Teilhard de Chardin, olvidado por la Iglesia por su visión de un universo evolutivo, y hablan incluso del Papa Verde.

Tras estas reflexiones de Ratzinger, el contenido sustancial del *Monitum* contra Teilhard de seis años atrás había desaparecido de facto. Notemos, también que, justamente el tema de las "interconexiones" a las que se refiere Ratzinger regresa a menudo en la encíclica *Laudato si* del papa Francisco (LS 16; 42; 111; 117; 138).

El papa Ratzinger citó a Teilhard en su reflexión de la carta de san Pablo a los Romanos en la que se dice que el mundo **algún día llegará a ser una forma de adoración viviente**. Benedicto XVI dijo: "Al final tendremos una verdadera liturgia cósmica, donde el cosmos se convertirá en una sede viviente".

Las palabras del Papa detonaron una ola de respuestas de la prensa italiana. El entonces portavoz del Vaticano, Federico Lombardi, comentó: **“Ahora nadie imaginaría decir que Teilhard es un autor heterodoxo que no debería de ser estudiado”**.

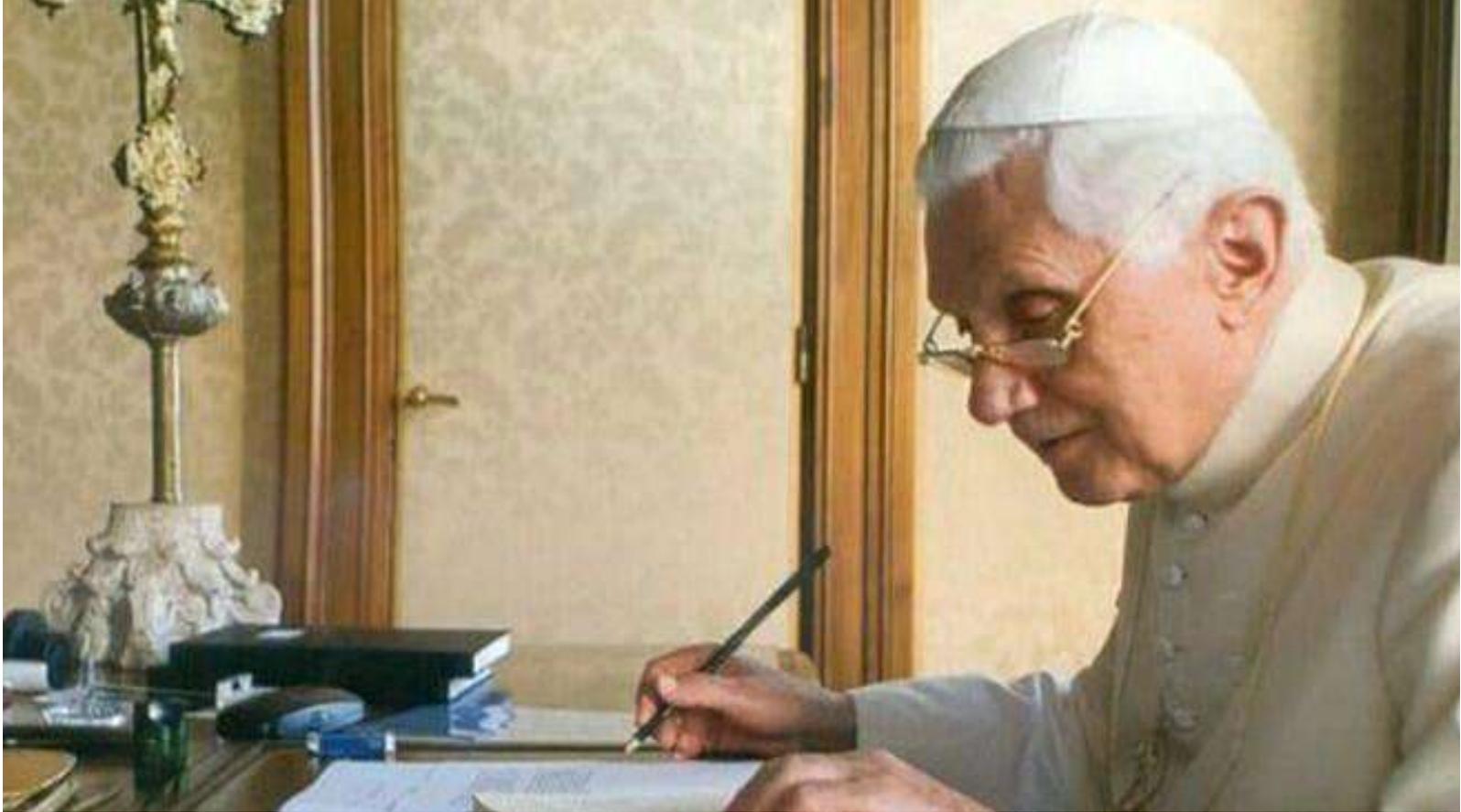
Algunos observadores católicos han notado que **el lenguaje del papa Benedicto XVI está influenciado por la obra de Teilhard de Chardin en su dimensión metafísica. Algunos también hablan ya de Ratzinger como el Papa Verde**, esto debido no solo a que había instalado paneles solares en el Vaticano y había hablado de una conversión ecológica. Teilhard de Chardin es en este sentido un referente, siendo el más directo vínculo entre la religión, la biología y la ecología espiritual, tan en boga en nuestros días.

Lo novedoso de Teilhard de Chardin es amalgamar la ciencia con la religión, la biología evolutiva con la sed de trascender la materia y de una manera poética que antecede al sincretismo de espiritualidad cuántica de nuestros días. Esa es la liturgia cósmica, una pasión donde el ser humano y el planeta entero se vuelven el Cristo Cósmico, la parusía o la cosmogénesis rediviva. Todos en la misma nave Tierra.

Muy posiblemente, pasará a la historia como el Papa que renunció.
Pero muchos le recordaremos, con agradecimiento, por sus textos
como pensador.

Podría continuar este texto, redactado por un profesor jubilado glosando la figura de un teólogo profesor devenido papa, rememorando su diálogo con el agnóstico e influyente filósofo **Jürgen Habermas** y los correos que mantuvo con el matemático ateo **Piergiorgio Odifreddi**, cuya publicación en castellano esperamos en breve.

Terminando. **Muy posiblemente Benedicto XVI pasará a la historia como el Papa que renunció** y dimitió al reconocer que no se sentía con fuerzas para gobernar la Iglesia. Este hecho le honra. A los que tenemos la funesta manía de leer, le recordaremos, con agradecimiento, en sus textos como pensador, también siendo Papa.



Benedicto XVI y el diálogo con pensadores ateos

Rafael Díaz-Salazar

Sociólogo

La muerte del papa Benedicto XVI invita a una reflexión serena sobre las luces y las sombras de alguien que, además de pontífice de la Iglesia católica, ha sido un intelectual europeo de gran relieve. En este texto quiero destacar una de sus grandezas: la capacidad por iniciativa propia de ir al encuentro de grandes ateos vivos y dialogar con ellos, sabiéndolos escuchar y estando dispuesto a aprender.

Estos intelectuales también lo buscaron como interlocutor, entre otras razones porque nunca ocultó dimensiones sustanciales de la identidad cristiana que chocan con el discurso dominante en la alta cultura ilustrada. Entre otras destacan la existencia de Dios, la pretensión católica de Verdad, la divinidad de Jesús, su Resurrección, la escatología, las diversas partes del Credo, etc.

Benedicto XVI fue muy valiente en estas confrontaciones dialógicas y también manifestó una enorme honestidad intelectual. Por eso fue tan apreciado por los *enfants terribles* del nuevo ateísmo militante, aunque

tengamos que excluir de esta caracterización al mayor filósofo vivo, Jürgen Habermas, que representa otro tipo de ateísmo. Muy criticado, por cierto, por otros interlocutores del papa recientemente fallecido.

En *Democracia laica y religión pública* (Taurus, 2007), analicé en un largo capítulo el pensamiento ético, político y jurídico de Ratzinger / Benedicto XVI. Este trabajo me llevó a realizar un seguimiento de esta acción de diálogo con el mundo ateo llevada a cabo por este Papa nada menos que hasta el año 2021. Algo prodigioso.

Benedicto XVI fue muy valiente en sus confrontaciones dialógicas con los grandes ateos de su época, y fue muy apreciado por ellos. Destaca la dimensión política de su pensamiento, su acción y su pontificado.

Se han analizado las luces y las sombras de la teología de Ratzinger / Benedicto XVI por diversos autores de gran valía. Remito a los que he leído más recientemente: los textos de **José Ignacio González Faus y Jesús Martínez Gordo, ambos en este Especial de Religión Digital.**

Son menos conocidas las incursiones de Ratzinger y, después, Benedicto XVI, en los ámbitos de la filosofía del derecho, la filosofía moral y la filosofía política. Podría parecer que el pensamiento de este Papa ha sido exclusivamente teológico. No es cierto.

También puede pensarse que ha sido un intelectual tímido y alejado de los asuntos mundanos. Tampoco es cierto. Como intenté mostrar en el libro anteriormente citado, **tuvo un proyecto cultural, un proyecto filosófico y un proyecto político para Europa.**

Destaco especialmente la dimensión política de su pensamiento, su acción y su pontificado. Esta ha sido una de las razones por las que pensadores ateos cultivadores a la vez de la ontología y de la filosofía y la praxis política lo tomaran en serio y se sintieran motivados para debatir con él. En un obituario en *The Objective*, Antonio García Santesmases, catedrático de Filosofía política y destacado miembro de Izquierda Socialista en el PSOE, ha escrito desde su agnosticismo dialógico con el cristianismo ilustrado y de liberación: "Debemos reconocer que hemos tenido pocos adversarios tan agudos como el hombre que tras años de silencio acaba de fallecer".

Desde 1981, Ratzinger era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. **En 1999 publicó el texto *La crisis del derecho*. Me parece que puede considerarse el inicio de su entrada en los grandes debates filosóficos con una clara dimensión política práctica.**

En ese año se creó en Roma el **Centro di Orientamento Político**, en el que él tuvo una gran influencia. La finalidad de ese Centro era orientar a los políticos que eran católicos para que su libertad de conciencia estuviera ligada a la obediencia a ciertos planteamientos del magisterio de la Iglesia. También pretendía estimular la desobediencia parlamentaria ante leyes que contravinieran ese magisterio desde la teoría de los valores absolutos innegociables.

Estas tesis han estado y están muy presentes en sectores del Episcopado y de políticos y periodistas españoles del mundo conservador.

Disenso, pero desde el diálogo

La gran puesta en escena del Ratzinger que debate y dialoga con destacados sectores del mundo ateo tiene lugar en el año 2000, a través de su largo artículo *La verità cattolica*, publicado en MicroMega, una de las más prestigiosas revistas italianas. Su director es **Paolo Flores D'Arcais**, uno de los ateos más beligerantes en Europa.

Desde aquel año, **Ratzinger / Benedicto XVI y Paolo Flores D'Arcais han mantenido disensos muy fuertes sin dejar de dialogar**. El 21 de septiembre del 2000 tuvo lugar en el teatro Quirino de Roma un debate, ante más de dos mil personas, entre los dos pensadores a los que me estoy refiriendo. **¿Sería imaginable en ese año un hecho parecido entre el cardenal Rouco Valera y Fernando Savater en un gran teatro madrileño?**

Las disonancias entre ambos prosiguieron y en el año 2008 publicaron un gran libro conjunto: *¿Dios existe?*, en el que presentan posiciones antagónicas muy razonadas a favor de su inexistencia o existencia.

El ateo europeo por antonomasia publicó con quien sería Papa el libro *Controversia su Dio. Preceduta de La sfida oscurantista de Joseph Ratzinger* (Ponte alle Grazie, 2010). **El antagonismo era radical, pero el diálogo nunca se rompió**. La grandeza de Benedicto XVI en aquel año muy anterior a su acceso al papado fue el de encarnar a **un nuevo Pablo de Tarso en un areópago muy difícil** en el que se volvía a proclamar la necesidad y locura de la fe cristiana.

El diálogo más interesante y de mayor hondura de los celebrados en Europa sobre Dios, la fe cristiana, la moral, el derecho, el Estado y la política fue el celebrado entre Ratzinger y Jürgen Habermas.

El diálogo más interesante y de mayor hondura de los celebrados en Europa sobre Dios, la fe cristiana, la moral, el derecho, el Estado y la política fue el celebrado en enero de 2004 **entre Ratzinger y Jürgen Habermas, el filósofo de mayor envergadura intelectual entonces y ahora**.

El contenido de ese encuentro ha sido publicado con el título *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión* en la mayoría de los idiomas del mundo occidental. En el libro personal citado anteriormente analicé los consensos y los disensos entre estos dos grandes pensadores. No es posible en este espacio hacer ni siquiera una reseña de los principales temas objeto de debate. Sí quiero subrayar lo que me parece más importante: **dialogando limpiamente con el deseo de aprender del otro y estar dispuesto a cambiar o al menos matizar algunas de nuestras posiciones se logran grandes avances humanizadores**. Personalmente, aunque no soy ateo, en ese debate estoy más cerca de Habermas que de Ratzinger, pero eso no me impide reconocer la grandeza de este hombre y, especialmente, su valentía intelectual.

El último gran debate al que me quiero referir en esta semblanza de **una de las dimensiones más destacadas de la personalidad intelectual de Benedicto XVI es el mantenido con Piergiorgio Onifreddi**, destacado matemático y presidente de la Unión de Ateos y Agnósticos Racionalistas en Italia. Representa la versión de un ateísmo científicista militante.

La correspondencia entre ambos y los coloquios mantenidos entre 2013 y 2021 muestran que, **más allá de las formas de entender la vida, la ciencia y la religión, hay un sustrato humano común de fraternidad en la divergencia radical**, que es lo que más ennoblece a las personas, capaz de activar esta dimensión del ser. Recientemente ha sido publicada esta larga serie de debates y diálogos por la editorial Rizzoli con el título de resonancias machadianas *In camino a la ricerca de la Verità*. Desgraciadamente no ha sido traducido todavía y confío en que alguna editorial católica o laica lo edite pronto.

Los coloquios entre Benedicto XVI y Piergiorgio Onifreddi, que representa un ateísmo científicista militante, muestran que, más allá de las formas de entender la vida, la ciencia y la religión, hay un sustrato humano común de fraternidad.

El papa Francisco también ha cultivado el diálogo con el mundo ateo. Destacan especialmente sus encuentros con **Eugenio Scalfari**, el fundador del diario *La Repubblica* y uno de los principales intelectuales en Italia y en Europa. El contenido de estos encuentros están recogidos en dos libros: *Dialogo tra credenti e non credenti* (2013) y *Il Dio único e la società moderna* (2019). Ambos han sido publicados por Einaudi, una de las prestigiosas editoriales italianas. Desgraciadamente no se han traducido. Se pueden leer algunos de estos diálogos en la revista de pensamiento cristiano Iglesia Viva.

No puedo terminar este texto sin hacer **memoria del cardenal Martini y sus diálogos con Umberto Eco** y otros pensadores italianos recogidos en el libro *¿En qué creen los que no creen?*

La situación en España

En España no existe esta práctica, salvo una sección de debate que mantuvo la revista anteriormente citada en el que dialogaban ateos y agnósticos españoles y pensadores cristianos. Desgraciadamente esa sección no sigue.

El Foro sobre el Hecho Religioso, impulsado por José Gómez Caffarena, y especialmente **el Instituto Fe y Secularidad, creado y dirigido por Alfonso Álvarez Bolado**, fueron grandes plataformas para el diálogo con el mundo ateo y agnóstico. Los jesuitas se dispararon un tiro en el pie y en la cabeza cuando decidieron –¿por iniciativa propia o por imposición episcopal?– cerrar estas iniciativas tan fieles al Concilio Vaticano II. Uno de ellos, José Ignacio González Faus, escribió con el agnóstico Ignacio Sotelo, un gran libro: *¿Sin Dios o con Dios?* (Ediciones HOAC). No ha habido continuidad en este tipo de diálogos.

Sirva, al menos, la trayectoria de Benedicto XVI en este campo para que la Iglesia española se haga cargo de esta realidad: **cuando más irreligión hay en España, cuando más sube en las encuestas la autoidentificación de ateo, menos presencia pública en este campo. ¿A qué se debe?**

Honestamente, he de decir que desde hace años he preferido a autores cristianos muy diferentes a Ratzinger en el diálogo con ateos en diversos países. Esto en modo alguno me impide agradecer el talante y la audacia de este nuevo Pablo de Tarso que con mayor o menor fortuna estuvo en los areópagos ateos de Europa. Una lección que nos ha dado y que debemos aprender y agradecer.



Tres aspectos del “edificio” teológico de Benedicto XVI (en los que creo que debemos ir críticamente más allá de su propuesta)

José Ignacio Calleja

Teólogo

En primer lugar, la cuestión no respondida de ¿cómo una ley moral natural la fundamentamos racionalmente en Dios como verdad universal, es decir, como evidencia de la razón para todos? No es posible, de esa forma absoluta, si no afirmamos, a la vez, que alguna fe en Dios es la única manera racional de ser humanos y pensar la verdad. Y esto es antropología teológica.

He aquí el problema al que no respondemos y que el teólogo J. Ratzinger, con quien coincidido en gran parte de su argumentación, tampoco hace; porque apuntar en última instancia a las “pésimas consecuencias históricas” que se derivan de una falta de fundamento racional de la ley natural, cuando en ella no se apela a la fe en Dios, no es un

cierre coherente de la argumentación filosófica; sí y legítimo como propuesta en la teológica, pero no obligación en la filosófica y científica.

Por tanto, **hay un salto infundado de una epistemología (la teológica) a la filosófica y científica (la ética laica) en el argumento de que una y otra son inseparables en su condición** (una y la misma), y esto “porque la historia va al desastre si no somos morales desde Dios”; o “todos deberíamos verlo así si queremos pensarnos plenamente como humanos”.

La fe en Dios es la única manera racional de ser humanos y pensar la verdad. Esto es antropología teológica.

Afirmar lo anterior (la razón iluminada por la fe) como racionalidad humana que a todos obliga, y hacerlo por las “pésimas consecuencias prácticas que de su falta se derivan”, no es un cierre lógico de la ética natural. Creo que en teología se repite demasiadas veces esta zona pantanosa del habla del teólogo.

Y proclamar esa plenitud de la razón ética en la fe no es malo o equivocado, al contrario, es un logro, pero siempre que honestamente, con honestidad intelectual para la razón y la fe, se reconozca las diferencias de nivel en la afirmación y su certeza. Y su resultado, que no se llame relativismo ético a cualquier suerte de reserva sobre ese deslizamiento sutil, sin solución de continuidad, de la filosofía (ética) a la teología (razón iluminada por la fe), en el modo de reclamar la ley natural por la teología de Ratzinger y, tras él, de casi toda ella en el catolicismo que conozco.

“La razón iluminada por la fe”

Lo veo tan claro como necesario, pero reconociéndolo. Lo he intentado explicar en mil foros de teólogos, con escasa fortuna, lo confieso. Pero casi siempre, con el mismo recurso “pragmático” en la respuesta: que la razón ética moderna sin trenzado religioso produce monstruos, ergo... Ya, sí, pero esta verdad consecuencialista no era el tema.

Tampoco yo asumo la mentira de la religión cristiana por sus fracasos morales en el tiempo. No los desprecio, pero si hablamos de la verdad de sus conceptos, es otra cosa. Creo que **en la cuestión de la ley natural, a la luz de la razón y de la fe (“la razón iluminada por la fe”), que tanto estimo y defiendo, no se puede cambiar de nivel epistemológico** a medio camino y darlo por único y obligado.

Benedicto XVI daba por hecho que no hay otra forma integral de razón ética humana que “la razón iluminada por la fe”.

Esta es la primera cuestión que Benedicto XVI respondía sin complejos, dando por hecho que no hay otra forma integral de razón ética humana que la de “la razón iluminada por la fe”, lo cual es otra comprensión del saber, la que llamamos “teología”.

Por mi parte, y lo asumo después de releer la *Spe salvi* (2007), creo que **el segundo elemento a repensar en la cosmovisión teológica del teólogo Ratzinger es su dificultad para asumir los significados históricos de la Encarnación.** Es en *Spe salvi* donde más desencarnado encuentro el discurso de Benedicto XVI.

Al no referirse en su concepto de Salvación en Cristo a la relación don-tarea en lo relativo al crecimiento histórico del Reino de Dios, o, en otro lenguaje, a la relación gracia-compromiso en la misma vocación cristiana, todo queda cuestionado en teología. Por más que podamos ver esa relación sacramental con mayor pesimismo histórico (una y otra vez, fracasada), o con mayor optimismo (una y otra vez aportando aspectos nuevos y buenos), **si no subrayamos la realización del Reino de Dios, en cuanto realidad ya sí presente en la historia por Jesucristo –todavía no en plenitud–, todo crece en la fe falto de encarnación histórica.**

La teología de la encarnación

La teología de la encarnación, sin embargo, recupera ese ya sí –limitado pero cierto, a la medida humana siempre– como realidad estricta –no en sombra o imagen– en la **dimensión social de la evangelización de la Iglesia, en el ecumenismo por la justicia y la paz de todas las Iglesias y religiones, en la espiritualidad samaritana de Jesús, y en el valor salvífico de las mejores realizaciones históricas del ser humano;** es decir, lo que llamamos acción liberadora o humanizadora en sus mejores logros.

Si esto no se sustenta en el “ya sí y aquí” del Reino, verdaderamente queda muy empobrecida la universalidad de la acción salvífica de Dios en Cristo en su dimensión de encarnación e inmanencia. Es una imagen o sombra, ni siquiera una semilla tangible y cierta. **Esta cosmovisión teológica arrastra después sus insuficiencias hasta el anuncio, la pastoral, la liturgia y los ministerios.** Es la realidad nuestra de cada día. El peligro de la fe como ideología está ahí con toda su evidencia.

Todo se juega en una fe bien pensada

En tercer lugar, y después de releer a Benedicto XVI en *Lumen fidei* (2013), reaparecen las consecuencias de lo recién dicho. **Todo se juega en una fe bien pensada y creída con la Iglesia y su Magisterio**, celebrada y realizada en los Sacramentos, alimentada en Oración, practicada en una vida personal y familiar santa, pero la Encarnación merma en su significado salvífico y teológico.

¿Qué es de ley general de la historia de la Salvación, del Reinado de Dios creciendo ya sí y aquí, a la medida humana, por supuesto? Lógicamente el mundo, en esta comprensión creyente desencarnada, está llamado a ser mejor y así debemos hacerlo. Pero el mismo mundo, en su injusticia más absoluta contra la dignidad de los últimos, en los pueblos y en el mundo, no cuestiona qué significa esa fe, esa Iglesia, ese Credo, esos Sacramentos, esos Ministerios, esa Familia, esa Justicia, ese Sufrimiento humano. A menudo, estos conceptos, su teología y su celebración sacramental, y sus sujetos, no se sienten cuestionados en su raíz.

La teología y la liturgia, así, saben de su significado, del significado de todos sus conceptos, sin contar con ese factor o experiencia de inhumanidad personal y estructural de la historia. La fe se define, en este camino, desde sí misma (*Lumen fidei*); aparece como un sistema cerrado de conocimientos concentrados en un "Jesús te ama".

Pero el Dios de Jesús, en ella, no se nos revela desde el Jesús de Dios, y el mundo real no se nos revela desde la dignidad de las víctimas de la injusticia a manos de otros humanos poderosos (personas y estructuras sociales). Y así no es posible **darle a la Fe cristiana todo su significado de Encarnación**, ya sí y aquí, todavía no en plenitud. Siempre a la medida humana, desde luego, pero bien real y tangible.

Y es que queremos llegar al cielo sin pasar apenas por la tierra, o hacerlo por un camino lateral, y eso no es posible sin falsear a Jesús.



Adiós a Benedicto XVI, defensor de la verdad, el fin de una época

Llucía Pou Sabaté

Profesor de Teología moral

Hombre dedicado a los libros y a la enseñanza, Ratzinger fue un talante abierto a la modernización de la Iglesia, aunque en 1968, con el *dissenso* contra Roma, optó por dejar de ser moderno, y la ortodoxia fue su pasión desde que tuvo la misión de gobernar.

Las formulaciones de Ratzinger son claras y precisas, simplifican lo complejo, al mismo tiempo que poéticas sin artificios ni efectismos. Sigue los pasos de Romano Guardini, de los santos Agustín y Buenaventura, y **fue, además de un gran teólogo del siglo XX, la mano derecha del papa Juan Pablo II**, a quien sucedió. En la homilía que le tocó pronunciar como cardenal decano al inicio del cónclave que le elegiría a él, señaló su pensamiento de que **el relativismo era el gran peligro de nuestro tiempo, la falta de Verdad**: “Del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo y así en adelante”, eran sus palabras de prevención.

Le tocó dar continuidad al papado de Juan Pablo II, un pensador más místico, avanzado en lo social, tradicional en la doctrina. Y Ratzinger se autoconsideraba racionalista y poco místico, desde luego no tenía la visión providencialista de san Juan Pablo II, sino que era menos optimista en el quehacer histórico de la humanidad, su realismo le hacía ver que en la historia no se realizará el proyecto cristiano por entero, sino en el más allá; en resumen ha sido un teólogo en búsqueda de la verdad.

Tomó el nombre papal de san Benito, patrón de Europa en la difusión de la cultura y la fe en favor de la dignidad de la persona; **y por Benedicto XV**, que promovió la paz en medio del desastre de las dos guerras mundiales (y sufrió al ver que Hitler quitaba de en medio a los que no apoyaban su régimen y así fue preparando la dictadura).

En el diálogo con las religiones, se definió en su discurso de Ratisbona cuando habló de la racionalidad de la fe, y causó malestar entre muchos islámicos al recordar que la violencia y la agresión nunca pueden señalar la obra de Dios, que nunca se debe de usar el nombre de Dios para un acto de violencia. Aceptaba la crítica, pero no renunciaba a lo que consideraba su deber. Y aunque es verdad que ahora vemos el peligro del totalitarismo en Rusia y el creciente poder de China, el peligro en realidad es la expansión de una cultura islámica que no respete la dignidad de la persona.

Ratzinger estaba atado a una tradición entendida como continuidad, vivía en su contexto y ayudó mucho a la renovación del Vaticano II. Cuando tuvo la autoridad, quiso cambiar las cosas, pero no supo cómo.

Me daba la impresión de que Ratzinger estaba como atado a una tradición entendida como continuidad, vivía en su contexto y ayudó mucho a la renovación del Concilio Vaticano II con su trabajo, y que luego, **cuando tuvo la autoridad de obispo, quiso cambiar las cosas pero no supo cómo.**

Así, poco a poco, se fue dedicando a la liturgia, al cuidado de los ritos, pues la Eucaristía era el centro de esa relación entre la ortodoxia y la ortopraxis: subrayaba que la eucaristía es ágape y pax, anticipación del banquete eterno de bodas. Y aunque nunca la historia nos dará la salvación, hemos de procurar hacer lo que podamos; **la recta-verdad fue su lema, pero la recta-acción no fue fácil para un profesor que no usó tácticas populistas.** Hablaba de vivir la verdad con amor: "Veritatis facientes in caritate", cómo la caridad tenía que estar abierta a la solidaridad (*Caritas in veritate*, el título de una encíclica suya).

Un hombre de estudio, más que de acción

Pero **la estructura de la Curia romana, el poder de la Iglesia, se le hacía grande para un hombre de estudio más que de acción** (a Francisco le ha tocado lidiar con ese toro). Ratzinger veía que la praxis sin ideas se transforma en destrucción, pero también "la sola doctrina, si no se convierte en vida y acción, es mera palabrería y así queda

igualmente vacía”, decía, pues “la verdad es concreta”. Y quería alzar su voz en medio de las estructuras económicas que llevan a su antojo como marionetas los poderes políticos.

Él deseaba una comunión, “una de las palabras más profundas y características de la tradición cristiana”: **koinonía**. La Iglesia es comunión, y así se resaltó desde el Sínodo de 1985: el centro eucarístico de la Iglesia, encuentro entre Jesús y los hombres, entrega por nosotros (sustituyendo una interpretación de Iglesia como Pueblo de Dios más social, horizontal).

Vio que la solidaridad era no solo ayudar técnicamente a los necesitados, sino dar espiritualidad que dé sentido a esa ayuda. La idea de un progreso social ha sido también una utopía decepcionante (trató de esto en la encíclica *Spe salvi*); la trascendencia da sentido a la vida. En un mundo de globalización egoísta, Ratzinger propugnaba una “globalización en la que realmente todos sean responsables unos de otros (...). Si la globalización en la técnica y en la economía no va acompañada también por una nueva apertura de la conciencia a Dios, ante el cual todos tenemos una responsabilidad, entonces acabará en catástrofe”.

La comunión en la humanidad, para Ratzinger, iba de la mano de la autenticidad en la fe (en diálogo, sin fanatismo). De este modo habrá una aportación muy rica de los cristianos: “La violencia es vencida por el amor. Esta es la transformación fundamental, en la que se basa todo lo demás. Es la verdadera transformación, que el mundo necesita; la única que puede redimir al mundo”. Y dirá siguiendo a san Agustín y las cartas paulinas que “toda la creación debe llegar a ser ‘una nueva ciudad’, un nuevo paraíso, morada viva de Dios: Dios todo en todos (cf. 1 Co 15,28)”.

Resuena en todo su magisterio lo esencial que expresó en su primera encíclica, ‘Dios es amor’: la fe de la Iglesia se puede resumir así. A partir de aquí, debemos buscar la unidad perdida, entre cristianos y con todo el mundo.

Resuena en todo su magisterio lo esencial que expresó en su primera encíclica, *Dios es amor*, toda la fe de la Iglesia se puede resumir así; y a partir de aquí debemos buscar la unidad perdida, entre cristianos y con todo el mundo: dialogar, borrar las divisiones, superar los resentimientos, vivir la esperanza de una civilización del amor.

El mensaje cristiano del amor como bandera

En un mundo en que la religión se presenta mezclada con la violencia, el odio, la ignorancia... **el mensaje cristiano del amor se levanta como una bandera para poder encontrar la identidad; como una estrella para orientar el camino de la vida.** Así, el “eros”, que inicialmente es deseo, con el “ágape” se va transformando en don, al buscar no mi bien (egoísmo) sino la felicidad del otro (amor), y así querer “existir por el otro”. Hay un “éxtasis”, pero no en el

sentido de embriaguez efímera de placer, sino un salir del “yo” cerrado y abrirse a los otros. Con el don de sí se vive la liberación auténtica, se encuentra uno a sí mismo y se encuentra a Dios.

La dimisión, fin de un ciclo

Su dimisión como Obispo de Roma la entiendo como el fin de un ciclo. Si su vida estuvo unida a la aplicación e interpretación del Concilio Vaticano II, donde la Iglesia se abre a la modernidad, superando una crisis que empezó con el llamado modernismo, **su dimisión fue como el inicio de una nueva época, donde quizá el modo de hacer de la Iglesia será más descentralizado, con un dinamismo alternativo a la rigidez de castigar al que no tiene la doctrina segura con la que se ha castigado a los progresistas.**

La misma palabra “curia” está tomada del modelo romano, que tiene un derecho centralizado, que poco a poco pienso que irá dejando paso a un talante más pastoral y menos legal; basta ver que Francisco pide al pastor que atienda a cada alma sin que importe saltarse alguna norma, y tener las manos “manchadas de barro”.

Ratzinger ayudó a fijar las bases que han permitido abrir una puerta a una mayor libertad, en un contexto actual, pero de algún modo sintiendo aquellas palabras evangélicas que repetía Juan Pablo II: “No tengáis miedo”.



Bergoglio 2.0. La muerte de Ratzinger abre una nueva etapa en el pontificado de Francisco

Jesús Bastante

Redactor jefe de Religión Digital

Es el momento. Esta es la idea que recorre los pasillos vaticanos tras la muerte de Benedicto XVI. Casi una década de reinado después, y de una difícil convivencia entre dos papas –o, más bien, entre dos modelos de entender el Papado, pues Ratzinger y Bergoglio respetaron escrupulosamente las reglas de juego–, el pontificado de Francisco comienza una nueva fase, en la que el Papa argentino intentará imprimir una mayor velocidad a las reformas, tratará de implementar definitivamente la reforma de la Curia y fomentará el debate en todos los aspectos, incluso en los más escabrosos, que afectan a la Iglesia y a su relación con una sociedad que, al menos en Europa, está dejando de ser católica a pasos agigantados.

Una 'segunda parte' de pontificado marcada, indefectiblemente, por la ausencia del Papa emérito y por los rumores, cada vez más crecientes, cada vez más interesados, de una dimisión papal que, hoy por hoy, no se contempla.

Francisco está más que recuperado de su dolencia en la rodilla (la prueba es que en pocas semanas emprende un difícil viaje a Congo y Sudán del Sur), y ya ha manifestado, en más de una ocasión, que **solo renunciará en caso de enfermedad incapacitante**. No, como finalmente se demostró con el ejemplo de Ratzinger, por falta de fuerzas para continuar con su misión. De eso, afirman sus íntimos, le sobra a Bergoglio.

No sobra el tiempo

Lo que sí parece claro es que **a Francisco no le sobra tiempo. Ni quiere perderlo**. De ahí que, al día siguiente de enterrar a Benedicto XVI, y sin prestar atención a los exabruptos de quien fuera secretario personal de Ratzinger (empeñado en agitar una guerra entre dos conceptos de Iglesia a la que se suman muchos curiales ultraconservadores, liberados del tapón que, para este cometido, suponía el Papa emérito), continuó con su agenda (misa en el día de la Epifanía y ángelus) y sorprendió a todos con una carta apostólica en la que reformó la Diócesis de Roma, colocándola como ejemplo de lo que quiere que sean las Iglesias de todo el mundo.

Uno de los próximos objetivos es que Roma se convierta en un laboratorio de ideas de lo que ha de ser la Iglesia a nivel global, "un lugar ejemplar de comunión, diálogo y proximidad", en palabras de Francisco. Y si se hace en Roma, habrán de hacerlo todos.

Porque **uno de los objetivos de Francisco para los próximos meses es que Roma se convierta en un 'laboratorio de ideas' de lo que ha de ser la Iglesia a nivel global**. De hecho, la reforma de la diócesis del Papa tiene **un objetivo preciso: devolver "el impulso evangelizador y sinodal" al Vicariato de Roma**, para que, escribe el Papa, sea "un lugar ejemplar de comunión, diálogo y proximidad, acogedor y transparente". Y si el Papa lo es, al resto de los obispos no le quedará más remedio que serlo.

En su reforma, el Papa decreta una **mayor colegialidad** en los órganos de Gobierno, cuyos directivos solo podrán estar al mando durante cinco años. Al mismo tiempo, crea oficinas específicas para **supervisar las finanzas y los abusos, los dos grandes talones de Aquiles** que jalonaron el pontificado de Benedicto XVI y buena parte de su primera década al frente de la Santa Sede.

Un nuevo 'Consejo de Ministros' vaticano

Y, si se hace en Roma, también habrá de hacerse en la Curia. Tras la aprobación, en marzo de 2022, de *Praedicate Evangelium*, que marcaba una nueva estructura curial, **las próximas semanas habrán de servir para que Francisco,**

libre ya de los compromisos heredados de Ratzinger, pueda moldear un 'Consejo de Ministros' vaticano a su imagen. Así, se espera que en breve el Papa pueda cambiar a los titulares de dos de los dicasterios más relevantes: Doctrina de la Fe, actualmente liderada por el español Ladaria; y especialmente la Congregación de Obispos, encargada de la elección de preladados en todo el mundo y cuyo timón maneja, desde hace años, el cardenal Ouellet, considerado por muchos como la mayor oposición a Francisco en el interior de la Curia.

Después, sin lugar a dudas, vendrán otros gestos, como el de **nombrar a una mujer al frente de un 'ministerio' vaticano** (algo para lo que el Papa se dio un plazo máximo de dos años, como aseguró en su entrevista al diario ABC), o **la apuesta definitiva por la pastoral de la acción solidaria** como uno de los ejes de trabajo de la Santa Sede, frente a una dinámica, heredada de décadas de conservadurismo curial, basada en la recta doctrina, la liturgia y la obsesión por la moral sexual. Este será otro de las cuestiones fundamentales a la hora de elaborar la nueva estrategia de **esta segunda fase de pontificado.**

Los frutos de la consulta sinodal

Con el proceso sinodal en su fase continental, y a punto de comenzar el debate a nivel mundial, **Bergoglio quiere que todos los temas que han ido saliendo durante dos años de reflexión puedan ser abordados en plena libertad** y con la posibilidad de que sea 'el santo Pueblo de Dios' (una expresión que, a buen seguro, escucharemos con frecuencia en los próximos meses) quien pueda reivindicar reformas que sean asumidas por las altas esferas.

La dinámica sinodal implica que no sean las jerarquías las que obliguen a la masa de fieles a asumir las reglas, sino que sean todos los miembros de la Iglesia los que, en plano de igualdad, puedan sugerir y votar cuestiones hasta ahora tabú.

Y es que **la dinámica sinodal implica que no sean las jerarquías las que obliguen a la masa de fieles a asumir las reglas, sino que sean todos los miembros de la Iglesia los que, en plano de igualdad,** puedan sugerir, y votar, cuestiones hasta ahora consideradas tabú.

¿Cuáles? **Desde el papel de laicos y mujeres** (este será el primer Sínodo en el que podamos ver a una mujer votar, algo curiosamente inédito en la Iglesia católica) **hasta una nueva visión de la sexualidad, los modelos de familia o los métodos anticonceptivos.** Tanto es así que, como ya adelantó Religión Digital, sería posible una encíclica papal que renovara la polémica *Humanae Vitae* de Pablo VI, que supuso un duro golpe a las aspiraciones de los sectores más progresistas de la Iglesia, y que comenzó a poner las bases de la restauración conservadora tras la apertura del Concilio Vaticano II.

Generar procesos

Consciente, como siempre lo ha sido, de la necesidad de “generar procesos” más allá de tomar decisiones como Pontífice plenipotenciario, **Bergoglio también sabe que es el momento de moverse con rapidez para evitar que la siempre bien engrasada maquinaria curial pueda revolverse y tratar de poner palos en las ruedas de la reforma.**

Para ello, no es desdeñable que, a lo largo de los próximos meses, Francisco convoque **otro consistorio de cardenales, el noveno de su pontificado**, en el que designe nuevos purpurados que conformen un ‘Senado’ de la Iglesia con amplia mayoría (más de dos tercios) de hombres designados por Bergoglio.

Con una mirada mucho más global (Europa y, especialmente, Italia, han perdido la mayoría frente al empuje de Latinoamérica, África y, singularmente, Asia) y con una visión de Iglesia mucho menos tradicional, sabedor de que Benedicto XVI, probablemente, haya sido el último Papa ‘europeo’. Y que el futuro, incluso para la Iglesia, está aún por escribir. También, su propio epitafio.

Tras la muerte del Papa emérito, el pontificado de Francisco parece más vivo que nunca. Pese a los críticos.

Misa 'Pro eligendo pontifice'

Homilía del cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio cardenalicio

18 de abril de 2005

Is 61, 1-3. 6. 8-9

Ef 4, 11-16

Jn 15, 9-17

En esta hora de gran responsabilidad, escuchemos con particular atención cuanto nos dice el Señor con sus mismas palabras. De las tres lecturas quisiera elegir sólo algún pasaje, que nos concierne directamente en un momento como este.

La primera lectura presenta un retrato profético de la figura del Mesías, un retrato que recibe todo su significado desde el momento en que Jesús lee este texto en la sinagoga de Nazaret, cuando dice: «Esta Escritura se ha cumplido hoy» (Lc 4, 21). En el centro del texto profético encontramos una palabra que, al menos a primera vista, parece contradictoria. El Mesías, hablando de sí mismo, dice que ha sido enviado «a proclamar el año de misericordia del Señor, día de venganza de nuestro Dios» (Is 61, 2). Escuchamos, con alegría, el anuncio del año de misericordia: la misericordia divina pone un límite al mal, nos dijo el Santo Padre. Jesucristo es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo significa encontrar la misericordia de Dios. El mandato de Cristo se ha convertido en mandato nuestro a través de la unción sacerdotal; estamos llamados a proclamar, no sólo con palabras sino también con la vida, y con los signos eficaces de los sacramentos, «el año de misericordia del Señor». Pero ¿qué quiere decir Isaías cuando anuncia el «día de venganza del Señor»? Jesús, en Nazaret, en su lectura del texto profético, no pronunció estas palabras; concluyó anunciando el año de misericordia. ¿Fue este, quizás, el motivo del escándalo que se produjo después de su predicación? No lo sabemos. En todo caso, el Señor hizo su comentario auténtico a estas palabras con la muerte en la cruz. «Sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo...», dice san Pedro (1 P 2, 24). Y san Pablo escribe a los Gálatas: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: "Maldito todo el que está colgado de un madero", a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa» (Ga 3, 13-14).

La misericordia de Cristo no es una gracia barata; no implica trivializar el mal. Cristo lleva en su cuerpo y en su alma todo el peso del mal, toda su fuerza destructora. Quema y transforma el mal en el sufrimiento, en el fuego de su amor doliente. El día de venganza y el año de misericordia coinciden en el misterio pascual, en Cristo muerto y resucitado. Esta es la venganza de Dios: él mismo, en la persona de su Hijo, sufre por nosotros. Cuanto más nos

toca la misericordia del Señor, tanto más somos solidarios con su sufrimiento, tanto más estamos dispuestos a completar en nuestra carne «lo que falta a las tribulaciones de Cristo» (Col 1, 24).

Pasemos a la segunda lectura, a la carta a los Efesios. Aquí se trata, en sustancia, de tres cosas: en primer lugar, de los ministerios y de los carismas en la Iglesia, como dones del Señor resucitado y elevado al cielo; luego, de la maduración de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, como condición y contenido de la unidad del cuerpo de Cristo; y, por último, de la participación común en el crecimiento del cuerpo de Cristo, es decir, de la transformación del mundo en la comunión con el Señor.

Detengámonos sólo en dos puntos. El primero es el camino hacia «la madurez de Cristo»; así dice, simplificando un poco, el texto italiano. Según el texto griego, deberíamos hablar más precisamente de la «medida de la plenitud de Cristo», a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe. No deberíamos seguir siendo niños en la fe, menores de edad. ¿En qué consiste ser niños en la fe? San Pablo responde: significa ser «llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina...» (Ef 4, 14). ¡Una descripción muy actual!

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. Ef 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta fe. Esta fe –solo la fe– crea unidad y se realiza en la caridad. A este propósito, san Pablo, en contraste con las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, nos ofrece estas hermosas palabras: «hacer la verdad en la caridad», como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como «címalo que retiñe» (1 Co 13, 1).

Vayamos ahora al Evangelio, de cuya riqueza quisiera extraer sólo dos pequeñas observaciones. El Señor nos dirige estas admirables palabras: «No os llamo ya siervos..., sino que os he llamado amigos» (Jn 15, 15). Muchas veces nos sentimos —y es la verdad— sólo siervos inútiles (cf. Lc 17, 10). Y, sin embargo, el Señor nos llama amigos, nos hace amigos suyos, nos da su amistad. El Señor define la amistad de dos modos. No existen secretos entre amigos: Cristo nos dice todo lo que escucha del Padre; nos da toda su confianza y, con la confianza, también el conocimiento. Nos revela su rostro, su corazón. Nos muestra su ternura por nosotros, su amor apasionado, que llega hasta la locura de la cruz. Confía en nosotros, nos da el poder de hablar con su yo: «Este es mi cuerpo...», «yo te absuelvo...». Nos encomienda su cuerpo, la Iglesia. Encomienda a nuestras mentes débiles, a nuestras manos débiles, su verdad, el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el misterio de Dios que «tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único» (cf. Jn 3, 16). Nos ha hecho amigos suyos, y nosotros, ¿cómo respondemos?

El segundo modo como Jesús define la amistad es la comunión de las voluntades. «Idem velle, idem nolle», era también para los romanos la definición de amistad. «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 14). La amistad con Cristo coincide con lo que expresa la tercera petición del padrenuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». En la hora de Getsemaní Jesús transformó nuestra voluntad humana rebelde en voluntad conforme y unida a la voluntad divina. Sufrió todo el drama de nuestra autonomía y, precisamente poniendo nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad: «No como quiero yo, sino como quieres tú» (Mt 21, 39). En esta comunión de voluntades se realiza nuestra redención: ser amigos de Jesús, convertirse en amigos de Jesús. Cuanto más amamos a Jesús, cuanto más lo conocemos, tanto más crece nuestra verdadera libertad, crece la alegría de ser redimidos. ¡Gracias, Jesús, por tu amistad!

El otro aspecto del Evangelio al que quería aludir es el discurso de Jesús sobre dar fruto: «Os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16). Aparece aquí el dinamismo de la existencia del cristiano, del apóstol: os he destinado para que vayáis... Debemos estar impulsados por una santa inquietud: la inquietud de llevar a todos el don de la fe, de la amistad con Cristo. En verdad, el amor, la amistad de Dios se nos ha dado para que llegue también a los demás. Hemos recibido la fe para transmitirla a los demás; somos sacerdotes para servir a los demás. Y debemos dar un fruto que permanezca. Todos los hombres quieren dejar una huella que permanezca. Pero ¿qué permanece? El dinero, no. Tampoco los edificios; los libros, tampoco. Después de cierto tiempo, más o menos largo, todas estas cosas desaparecen. Lo único que permanece eternamente es el alma humana, el hombre creado por Dios para la eternidad. Por tanto, el fruto que permanece es todo lo que hemos sembrado en las almas humanas: el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma a la alegría del Señor. Así pues, vayamos y pidamos al Señor que nos ayude a dar fruto, un fruto que permanezca. Sólo así la tierra se transforma de valle de lágrimas en jardín de Dios.

Por último, volvamos, una vez más, a la carta a los Efesios. La carta dice, con las palabras del salmo 68, que Cristo, al subir al cielo, «dio dones a los hombres» (Ef 4, 8). El vencedor da dones. Estos dones son: apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros. Nuestro ministerio es un don de Cristo a los hombres, para construir su cuerpo, el mundo nuevo. ¡Vivamos nuestro ministerio así, como don de Cristo a los hombres! Pero en esta hora, sobre todo, roguemos con insistencia al Señor para que, después del gran don del Papa Juan Pablo II, nos dé de nuevo un pastor según su corazón, un pastor que nos guíe al conocimiento de Cristo, a su amor, a la verdadera alegría. Amén.

Mi testamento espiritual

Benedicto XVI

26 de agosto de 2006

Si en esta hora tardía de mi vida miro hacia atrás, hacia las décadas que he vivido, veo en primer lugar cuántas razones tengo para dar gracias. Ante todo, doy gracias a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre me ha levantado cuando empezaba a resbalar y siempre me ha devuelto la luz de su semblante. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guió bien.

Doy las gracias a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon para mí un magnífico hogar que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La clara fe de mi padre nos enseñó a nosotros los hijos a creer, y como señal siempre se ha mantenido firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y la gran bondad de mi madre son un legado que nunca podré agradecerle lo suficiente. Mi hermana me ha asistido durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la claridad de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón, me ha allanado siempre el camino; sin su constante precederme y acompañarme, no habría podido encontrar la senda correcta.

De corazón doy gracias a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores en todas las etapas de mi camino; por los profesores y alumnos que me ha dado. Con gratitud los encomiendo todos a Su bondad. Y quiero dar gracias al Señor por mi hermosa patria en los Prealpes bávaros, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo. Doy las gracias al pueblo de mi patria porque en él he experimentado una y otra vez la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga siendo una tierra de fe y les ruego, queridos compatriotas: no se dejen apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi viaje, pero especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria.

A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡Manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! A menudo parece como si la ciencia –las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (especialmente la exégesis de la Sagrada Escritura), por otro– fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica. He vivido las transformaciones de las ciencias naturales desde hace mucho tiempo, y he visto cómo, por el contrario, las aparentes certezas contra la fe se han desvanecido, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que sólo parecen ser competencia de la ciencia. Desde hace sesenta años acompaño el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, he visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe.

Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo.

Por último, pido humildemente: recen por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me reciba en la morada eterna. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.

Benedictus PP XVI

L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, Año LX, número 1, 6 de enero de 2023

**Por una Iglesia
mejor informada**

#PrimerorD

www.religiondigital.org



 **Religión Digital**